1318

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

LOS BOMBONES

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO EN UN CUENTO FRANCÉS

POR

MARIANO PINA DOMINGUEZ

1.er Apte

Castilla

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1891

5

LOS BOMBONES

LOS BOMBONES

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO EN UN CUENTO FRANCÉS

POR

MARIANO PINA DOMINGUEZ

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid, el 11 de Enero de 1891.

H. VALERIANO
LIBRERIA
CONCEPCION JERONIMA 9
MADRID

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
LOLA	SRAS.	MARTÍNEZ.
DOLORES	»	BERNAL.
LUISA	»	RUÍZ.
RAMONA	»	LAMADRID.
SATURNINA	»	CANCIO.
CARLOS	SRES.	MARIO.
AGUSTÍN	»	ROSELL.
JORGE	»	MENDIGUCHÍA.
UN LACAYITO	»	MARTÍNEZ (hijo.)
UN MOZO DE CUERDA	»	URQUIJO.
UN PETIT ROUGE	»	N. N.

La escena en Madrid.—Izquierda y derecha, las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya colebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante. Dos puertas á la izquierda. Una á la derecha y otra al foro. Gran mesa cuadrada con tapete, en el centro de la escena. Sobre la mesa varios objetos artísticos y ramos de flores. Habrá también cuatro elegantes cajas de dulces de análoga forma y que puedan confundirse fácilmente.

ESCENA PRIMERA

RAMONA arregla los objetos, colocando en primer término y en fila las cajas de dulces.

Pongamos en orden todo esto. Me parece que los regalos no son tan numerosos como el año anterior. Y eso que el santo de la señorita no pasa para nadie desapercibido. Pero sin duda la moda de regalar va cayendo en desuso. Una simple tarjeta y se acabó. Lo que aquí abunda más son las cajas de dulces. (Cogiéndolas poco á poco para que el público pueda verlas bien.) Ya tenemos cuatro. Y todas con la marca de Prast. Dicen que ahora estas cajas hacen furor. Son bonitas y serán baratas. Por eso las compra todo el mundo.

673577

ESCENA II

DICHA, un LACAYITO y luégo un MOZO DE CUERDA

LACAY. Buenos días.

RAM Sigue la danza.

MOZO. Felices.

RAM. ¡Otro!

LACAY. (Entregando á Ramona una caja de dulces igual á las anteriores.) Tenga usted la bondad de entregar esto á la señorita Lola.

RAM. ¿De parte de quién?

LACAY. De don Javier, mi señorito.

RAM ¡Ah, sí! Muchas gracias. (Caja número cinco.) (La coloca al lado de las otras. Vase el Lacayo.)

MOZO. (Que traerá una estátua de yeso de alto tamaño representando la Venus de Milo.) Para la señorita Lola.

RAM. ¿Qué es esto?

MOZO. Yo non lu sé. Parece así como un santu. A mí me han dicho que lo traiga y lu traigu. (Coloca la estátua sobre la mesa.)

RAM. ¿Una estátua sin brazos? ¿Le ha roto usted los brazos?

MOZO. Yo non la he rotu nada. Por ciertu que también me ha chocadu estu. Sin duda no han tenidu tiempu de acabarla.

RAM. Bueno. Dé usted las gracias de parte de mi señorita y tome usted para echar un trago. (Dándole una peseta.)

MOZO. Estimandu y que sea para muchos añus.

RAM. Adiós. (Vase el Mozo.) La colocaremos en el centro. (Coloca la estátua en el centro de la mesa.)

ESCENA III

DICHA y LOLA

LOLA. (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.) Bien, bien.

Hemos terminado. Puede usted marcharse ahora mismo.

RAM. ¿Qué es eso, señorita?

LOLA. La cocinera. Ya estoy harta de sufrir sus impertinencias.

RAM. ¿Cómo? ¿La despide usted?

LOLA. Naturalmente. No hay quien tolere su maldito carácter. Que se vaya en buen hora y nos deje en paz.

RAM. (Señalando la estátua.) Mire usted, señorita. En este instante acaban de traerla.

LOLA. ¡Qué estátua tan preciosa! ¿Quién la envió?

RAM. (Leyendo la tarjeta.) «El Vizconde del Cisne.»

LOLA. ¿Qué representará esto?

RAM. Lo ignoro. ¡Pero sí! Ya adivino... Debe ser la estátua de la agricultura.

LOLA. ¿Por qué?

RAM. Porque todo el mundo dice que la agricultura está falta de brazos.

LOLA. ¡Pues es verdad!

RAM. Y además, mire usted qué cajas tan caprichosas.

LOLA. Y tan parecidas.

RAM. Todas son de casa de Prast. El mismo modelo.

LOLA. ¡Cuántos recuerdos tengo que agradecer á mis amigos.

RAM. Ya lo creo. Y eso que ninguno puede vanagloriarse de haber alcanzado el más pequeño favor. Vamos al decir, señorita. Que usted con ninguno se hizo de miel.

LOLA. Mi situación, Ramona, es muy delicada.

RAM. ¡Bah! Ya empieza usted con los remilgos de siempre. ¿No es usted viuda? ¿No es usted libre?

LOLA. Sí. Pero las circunstancias me han colocado en terreno algo escabroso. Una viuda joven...

RAM. Y guapa.

LOLA. Sin parientes, sin el menor allegado; que vivió con su marido en América y vino después de su muerte á establecerse en Madrid, no inspira absoluta confianza.

RAM. ¿Por qué no?

LOLA. Porque el mundo es muy malicioso y casi siempre supone lo que no existe.

RAM. Nadie puede decir de usted nada, señorita.

LOLA. De una mujer que se halla en mi situación, no falta quien diga. ¡Ay, Ramona! Los hombres son muy orgullosos. ¿Crees que aquellos que me tratan y sufren mis desvíos no se figurarán que otros alcanzaron mejor fortuna? Y si no, vamos á ver. ¿Por qué me aman todos y ninguno me ofrece su mano?

RAM. Porque ya no se casa nadie, señorita.

LOLA. No, Ramona. Porque dudan de la atmósfera que me rodea. Porque desconfían de esta mujer, á quien no conocieron casada, y esperan vencerla de otro modo.

RAM. Pues mire usted, lo principal es la conciencia. En teniéndola tranquila, que caigan rayos. No se preocupe usted por el qué dirán. Esa es siempre su manía de usted. «¿Qué dirán, Ramona? ¡Dios mío! ¿qué dirán? ¿Qué inventaría yo para que no dijeran!» ¡Vaya una tontería!

LOLA. ¡Si todos me conocieran como tú!

RAM. ¡Toma, toma! Ayer mismo se lo decía á don Carlos.

LOLA. Otro que tal. ¡Un hombre casado!

RAM. ¡Crea usted, le decía yo, que mi señorita es buena, que no conseguirá usted nada!

LOLA. ¿Y qué contestó?

RAM. Ni una palabra. Se sonreía con mucha malicia y entornaba los ojos.

LOLA. ¡Empeñado en hacerme la corte! ¡Qué avilantéz!

RAM. ¡Y si fuera ese solo! ¿Pues y don Agustín?

LOLA. ¡Oh! Don Agustín es diferente. Ese sí que se casaría conmigo en cuanto yo quisiera. Me estima de veras y posee un excelente corazón; pero...

RAM. ¿Pero no le gusta á usted?

LOLA. Me dobla casi la edad y su carácter campechano y francote no se aviene del todo con el mío.

RAM. ¡Ya lo creo! ¡Un ultramarino retirado!...

LOLA. Yo no desprecio su modesta condición. Si él fué ultramarino, yo fuí costurera y ninguno tenemos por qué avergonzarnos.

RAM. ¡Claro está!

ESCENA IV

DICHAS y AGUSTÍN

AGUST. (En el foro.) ¿Hay permiso?

RAM Aquí lo tiene usted.

LOLA. Adelante.

RAM. (¡No se escurrirá mucho éste!) (Vase por la segunda de la izquierda.)

AGUST. ¡Hermosísima Lola! ¡Permítame usted que la ofrezca en este día solemne no sólo mi cariño inalterable y profundo como un pozo, sino un sencillo recuerdo, símbolo de mis sentimientos. (Se acerca al foro.) Pase usted. (Sale un chico vestido como lo están en las tiendas de ultramarinos. Viene cargado con una banasta que deja en medio de la escena. Con cuidado, ¿eh?

LOLA. (Riendo.) ¿Pero qué es esto?

AGUST. Ahora lo verá usted. (Al chico.) Ya puedes largarte. (Vase el chico.) Tengo el honor de ofrecer á usted la siguiente ofrenda modestísima, pero que sale del corazón. (Sacando del cesto lo que indica el diálogo y colocándolo en un extremo de la mesa.) Seis libras de chocolate, clase superior. Esto lo vendía yo en mis tiempos á veinticuatro reales (y ganaba veinte.) ¡Si hubiera usted visto lo de conquistas que hacía yo con el chocolate! ¡Uf! ¿Lo quiere usted de quince, prenda? Pues voy á dárselo á usted de veinticuatro. ¡Es claro!... ¡No!... ¡Espeso!... Y se lo dada... como se hacía en casa, ¿sabe usted? ¡Que me gustaba una chica! ¡Chocolate! ¡Que se presentaba la ocasión de obsequiar á otra! ¡Chocolate! En fin, ¡mi mujer se rindió á la primera tarea!... Tome usted. Sale del corazón...

LOLA. ¡Já, já, já!

AGUST. Seis libras café-moka y caracolillo. Esta mezcla se recomienda por sí sola.

LOLA. ¡Pero don Agustín!...

AGUST. ¡Sale del corazón, señora!... Un queso de bola, legítimo... ¡Aquí no hay patata. Huela usted!...

LOLA. ¡Por Dios!...

AGUST. ¡Sale del mismo sitio!... Conservas alimenticias... Champagne reconcentrado legítimo de Reus, y diez velas esteáricas incombustibles...

LOLA. ¡Já, já, já!

AGUST. Si cuando quedé viudo no me hubiera retirado de los negocios, aseguro á usted que habría depositado á sus plantas el almacén entero; pero el comercio no marchaba bien y dejé los ultramarinos para lanzarme á los inventos.

LOLA. Su recuerdo de usted es muy original y lo prefiero á las flores y á las cajas de dulces.

AGUST. Es más práctico y más nutritivo. Lo único que le suplico á usted es que me recuerde cada vez que use mis productos. Cuando tome usted el chocolate, piense usted en mí. Cuando beba usted el café, sonría usted para mí, y cuando encienda usted una de esas velas, reflexione usted que es mucho mayor la llama que arde por usted en mi pecho.

LOLA. ¿Todavía?

AGUST. ¿Cómo todavía? ¡Arderá siempre! ¡Usted me ha vuelto loco! ¡Por usted sería yo capáz de matar á cualquiera.

LOLA. ¡Jesús!

AGUST. ¡Que mato á cualquiera, señora!

LOLA. Ya le he dicho á usted cien veces que le aprecio como á un buen amigo, pero...

AGUST. Pero nada más. Sí... en efecto: me lo ha insinuado usted. ¡Y es extraño, porque me precio de conquistador! En fin, paciencia. Precisamente la paciencia es mi flaco. Un inventor debe tener muchísima paciencia.

LOLA. Á propósito. ¿Cómo van los inventos?

AGUST. ¡Oh! ¡Al pelo, señora! De los doce primeros, nueve no han tenido éxito; dos no han servido y el otro... tampoco ha servido, Total, cuatro mil duros de pérdida, pero yo no cejo. Ahora me ocupo de un invento colosal: los baños filarmónicos.

LOLA. ¿Y qué es eso?

AGUST. Un adelanto maravilloso. Coloco una orquesta en el cerrillo de San Blas y por hilos eléctricos la comunico con todas las casas de baños. Pongo una pila en cada cuarto, se mete usted en el baño. Un grifo, agua fria; otro grifo, agua caliente. Grifo eléctrico. Música. Y oye usted en seguida diversas piezas. Si el baño es de placer, todo será alegre... El *duo de los paraguas*, el *Riquitrún* y *Los calzones del señorito*.

LOLA. ¡Já, já, já! (¡Pobre hombre, ha perdido el juicio!)

AGUST. Á los enfermos que tomen baños medicinales, les tocaremos la *Norma*, la *Traviatta* y el *Miserere del Trovador*... ¿Qué le parece á usted?

LOLA. ¡Magnífico!

AGUST. Sólo necesito para lanzar el proyecto un pequeño capital. Casi nada... cinco mil pesetas. Si entre sus amigos hubiese alguno que quisiera... Verá usted... Yo poseo varias acciones de minas .. ¡Cosa soberbia! Minas de cobre, es decir, en un principio creyeron que eran de cobre, pero después resultaron...

LOLA. ¿De hierro?

AGUST. No señora .. de plata.

LOLA. ¡Hombre!

AGUST. Hasta hoy la plata se halla bajo muchas capas de arena; pero dicen los ingenieros que ya la huelen.

LOLA. ¿Huelen la arena?

AGUST. No. La plata. Pues bien: estoy decidido á desprenderme de esas accciones en pro de mi famoso invento.

LOLA. Corriente; hablaré de ello á varias personas.

AGUST. Ayúdeme usted y la pongo á usted un grifo.

LOLA. Bien, bien... Sobre todo mil gracias por su recuerdo.

AGUST. El chocolate es bueno y el queso también. Créame usted á mí.

LOLA. Voy á dar orden para que lo coloquen en sitio apropósito. (Vase.)

AGUST. Adiós, divina, hermosa, celestial...

ESCENA V

AGUSTÍN y CARLOS

CARLOS. (Por el foro.) ¿Se puede?

AGUST. ¡Qué veo!

CARLOS. ¡Agustín! (¡Maldito seas!)

AGUST. ¿También conoces á Lolita?

CARLOS. La visito de vez en cuando.

AGUST. Pues chico, lo ignoraba. Nunca te he visto por aquí.

CARLOS. Vengo poco.

AGUST. ¡Tunantón!

CARLOS. ¿Eh?

AGUST. ¡Vamos, con franqueza! Apuesto cualquier cosa á que... ¡No me engañas con esa capita de hombre honrado!

CARLOS. No trato de engañarte.

AGUST. ¡Qué diablo! ¡Entre nosotros!... ¿No somos amigos? Verdad es que tu posición es brillante. Has hecho fortuna. Yo la he perdido, pero los dos empezamos sin una peseta.

CARLOS. Ya sabes que no soy orgulloso.

AGUST. ¡Ya lo sé! Y que me quieres como yo á tí. Sólo tengo que censurarte una cosa.

CARLOS. ¿Cuál?

AGUST. Que no me ayudase en mis negocios.

CARLOS. Dí más bien en tus locuras.

AGUST. ¡Carlos!

CARLOS. Nada, nada; lo repito. Tu manía por los inventos es ridícula.

AGUST. El que ahora quiero plantear me daría una fortuna. Ya sabes; los baños filarmónicos.

CARLOS. No hablemos de eso.

AGUST. Con cinco mil pesetas me redondeaba. ¡Préstamelas! ¡Anda!

CARLOS. Para que las pierdas como has perdido tantas otras.

AGUST. ¡Si es un negocio seguro!

CARLOS. Bueno, bueno. Otro día nos ocuparemos... No es este el momento oportuno.

AGUST. Como gustes. (Ya se ablandará, le conozco.) Hablemos de Lolita... ¡Picarón!

CARLOS. ¡Y dale!

AGUST. ¡Pero hombre, entre nosotros! ¿Te gusta la viuda?

CARLOS. ¡Mucho!

AGUST. Y á mí también.

CARLOS. ¡Ah, pillo!

AGUST. ¿Por qué he de negarlo? Entre nosotros...

CARLOS. Díme. ¿La conoces á fondo?

AGUST. ¿A fondo?

CARLOS. ¿Sabes tú de qué pié cojea?

AGUST. De ninguno. Estoy seguro.

CARLOS. ¡Bah!

AGUST. Me parece que perderás el tiempo.

CARLOS. ¿Por qué razón?

AGUST. Porque Lola es una viuda honrada.

CARLOS. ¿Viuda? ¿Quién ha conocido á su esposo?

AGUST. Lo conocerían en América, donde murió.

CARLOS. ¡Caba! Allí mueren siempre todos los esposos desconocidos.

AGUST. ¿Luego te atreves á suponer?...

CARLOS. Lo que suponen otros muchos. Yo no soy calavera ni libertino ni... Tú lo sabes. Desde que me casé, ni el más pequeño deslíz. Mi mujercita de mi alma y sólo mi mujercita.

AGUST. Verdad. ¡Y líbrete Dios de que tu mujercita sospeche lo más mínimo, porque tu mujercita es muy celosa y sería capáz, si te cogiese en un renuncio, de arrancarte los ojos tu mujercita.

CARLOS. El cabello se me eriza sólo de pensarlo. Pues bien:

yo creo que la conquista de la viuda no es difícil.

AGUST. Casi me atrevería á apostarte lo contrario.

CARLOS. Tú eres un inocente. Y si no, ya lo verás hoy mismo.

AGUST. ¿Hoy?

CARLOS. Espero vencer sus escrúpulos.

AGUST. ¡Mucho ojo con tu mujer!

CARLOS. No temas. Siempre he sido bueno, Agustín.

AGUST. Pero te has vuelto malo, Carlos.

CARLOS. ¿Por qué conocí á esta mujer? Nunca había conocido á ninguna.

AGUST. Los primeros conocimientos son los peores.

CARLOS. Día de su santo. La ocasión es oportuna para obsequiarla en gordo.

AGUST. (Alguna joya de gran precio.) ¡Ah! No creas que me he olvidado de que hoy son también los días de tu esposa.

CARLOS. ¡Pero chico!

AGUST. Nada, nada. Hay que cumplir con los amigos. Hace poco la mandé un modesto recuerdo con mi tarjeta.

CARLOS. ¡Agustín!

AGUST. Una caja de dulces de casa de Prast. ¡No vale la pena! Continúa.

CARLOS. Mi idea es original y algo atrevida. Pero me lanzo, Agustín, me lanzo.

AGUST. Mucho me sorprenderá que consigas lo que deseas.

CARLOS. Repito que eres un inocente. La viuda tiene que ser viuda... de historia. Dádivas quebrantan peñas, y el amor sonante y contante suele ser siempre correspondido.

AGUST. Corriente. Así como así, me alegraré salir de dudas.

CARLOS. (Viendo el reloj.) ¡Demonio!

AGUST. ¿Tienes prisa?

CARLOS. Mucha. Llamaremos á la doncella. (Toca el timbre.)

ESCENA VI

DICHOS y RAMONA

RAM. ¿Llamaba usted?

CARLOS. ¿Y tu señorita?

RAM. Voy á avisarla.

CARLOS. No. Espera un poco. (Prefiero hablar con ella después que haya visto...) Escucha. (La conduce á la derecha y le habla bajo. Agustín se acerca al velador y examina mientras los objetos que hay en él.) Vas á entregar esto á tu señorita. (Saca del bolsillo del gabán una caja de dulces muy parecida á las anteriores.)

RAM. (Tomando la caja.) (Y van seis.)

CARLOS. La dices que llamo muy particularmente su atención sobre los bombones.

RAM. Bueno.

CARLOS. Que son de un género especial.

RAM. Muy bien.

CARLOS. Y que dentro de poco volveré á saludarla.

RAM. Perfectamente. (Se dirige al foro y deja la caja sobre la consola. Agustín no la debe ver.)

CARLOS. (¡Con eso se rinde, de seguro! Algo caro me cuesta, pero no hay otro medio.) ¿Te quedas, Agustín?

AGUST. No. Voy contigo. (Se dirigen al foro. De pronto Agustín baja al proscenio.) ¡Ah! ¡Oye! (A Ramona.) Cuidado dónde colocas todo esto. (Señalando á su regalo.)

RAM. ¿Eh?

AGUST. Más valía que lo encerrases en sitio seguro.

CARLOS. ¿Vienes ó no?

AGUST. Ve andando. Ya te sigo.

CARLOS. Como gustes. (Vase por el foro.)

AGUST. Hoy vendrán muchas visitas, y una libra de chocolate desaparece cuando menos se piensa.

RAM. ¡Bah!

AGUST. En el comedor no habrá tanto peligro.

RAM. Luégo lo llevaremos.

AGUST. Aguarda. (Cogiendo sus paqnetes y metiéndolos en la banasta.)

RAM. ¿Qué hace usted?

AGUST. Tengo mucho empeño en que sea solo tu ama quien disfrute todo esto. Yo mismo lo colocaré donde debe hallarse.

RAM. ¡Pero señorito!...

AGUST. ¡Calla, tonta! ¡Qué trabajo me cuesta! Así me marcharé tranquilo. (Vase con la banasta por la segunda de la izquierda.)

RAM. ¡Já, já, já! Siempre tan original. Cumplamos las órdenes del otro. (Se acerca á la izquierda primer término.) ¡Señorita, señorita!

ESCENA VII

DICHA y LOLA

LOLA. ¿Qué ocurre, Ramona?

RAM. Don Carlos acaba de entregarme esto para usted. (Coge la caja y se la da á Lola.)

LOLA. ¡Ah!

RAM. El regalo no puede ser más modesto.

LOLA. Júntale con las otras. (Se lo devuelve.)

RAM. Me ha dicho que volverá en seguida, y que llama su atención de usted sobre los bombones.

LOLA. Sobre los...

RAM. Eso me ha dicho.

LOLA. Bueno, bueno. Luégo los probaremos.

RAM. (Valiente regalo.) (Coloca la caja sobre el velador, al lado de las otras.)

ESCENA VIII

DICHAS y AGUSTÍN

AGUST. ¡Ea! Ya quedó todo bien dispuesto.

LOLA. ¿Todavía está usted aquí?

AGUST. No he querido marcharme sin asegurar el soconusco. Yo lo traje solo para usted. Para esos labios finísimos, y para esos dientes blanquísimos y para esa boca infinitísima!

LOLA. ¡Basta, basta!

AGUST. Y ahora, adiós. ¿Quiere usted algo? ¿Necesita usted algo?

LOLA. No tal ¡Digo, sí! Voy á dar á usted un encarguito.

AGUST. ¿De veras?

LOLA. ¡Ya que es usted tan amable!

AGUST. Tengo fama.

LOLA. (Cogiendo dos cajas de dulces, sin reparar ni fijarse apenas en ellas.) Va usted á llevar esta cajita, en casa de una Dolores, amiga mía. Prado, veintitrés.

AGUST. ¿Prado, veintitrés? En seguida. (Echa á correr.)

LOLA. Aguarde usted. Y esta otra, en casa de Lolita Cifuentes. Segovia, ciento uno.

AGUST. Prado y Segovia. Está un paso. (Vuelve á correr.)

LOLA. Un momento. Ya que va usted á molestarse tanto, deje usted la tercera. (Cogiendo otra caja sin mirar apenas.) en casa de Dolores Perolini, Ronda de Recoletos, cuarenta y dos.

AGUST. Al lado de la calle de Segovia. Corriente.

LOLA. Yo no sé si abuso, don Agustín.

AGUST. ¿Abusar? Señora, mándeme usted llevar, no digo yo cajas de dulces, aunque sean tres baúles. Usted no me conoce.

LOLA. Porque le conozco á usted, le trato así.

AGUST. Gracias. ¡Divina! ¡Celestial! Prado, Segovia y Ronda de... ¡Hermosísima! (Se marcha llevándose las tres cajas.)

ESCENA IX

LOLA y RAMONA

RAM. ¡Já, já, já! ¡Pobre hombre!

LOLA. ¡Es un infelíz!

RAM. ¿Le parece á usted, señorita, que lleve todo esto allá dentro? (Señalando los regalos.)

LOLA. Como quieras.

RAM ¿Y las cajas también? Todavía quedan tres.

LOLA. ¿Las cajas? Te las regalo.

RAM. ¿A mí?

LOLA. Ya ves si soy espléndida. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA X

RAMONA; luégo JORGE

RAM. ¿Y qué hago con ellas? (Las coge.) ¡Si tuviese álguien á quien obsequiar! No me han gustado nunca los caramelos.

JORGE. ¡Hola, muchacha!

RAM. ¡Calle! ¡Don Jorge!

JORGE. El mismo.

RAM. ¡Tanto tiempo sin verle!

JORGE. He estado enfermo.

RAM. ¿De veras?

JORGE. ¡Pues no, que sería en broma!

RAM. ¿Y qué ha tenido usted?

JORGE. Palpitaciones.

RAM. ¡Pobrecito!

JORGE. Es una enfermedad terrible. Por eso no he venido en tanto tiempo. Y además por otra causa.

RAM. ¿Otra enfermedad?

JORGE. Sí, de muerte. Me voy á casar.

RAM. ¿Usted?

JORGE. Yo solo.

RAM. ¿Y con quién?

JORGE. Con la sobrina de un caballero muy rico

RAM. ¿Sí? Me alegro.

JORGE. ¿De que sea rico? Y yo también.

RAM. No señor. De que se case usted. Con eso sentará usted la cabeza.

JORGE. Lo mismo creo yo.

RAM. ¿Sigue usted tan aficionado á verlas venir?

JORGE. Ahora juego poco.

RAM. Porque no tendrá usted dinero.

JORGE. Ni un cuarto.

RAM. ¿Pero no se cansa usted de perder?

JORGE. ¿De perder? Me canso en seguida.

RAM. Entonces...

JORGE. De ganar es de lo que nunca me cansaría. No puedo remediarlo. En cuanto poseo algún dinerillo, ya estoy en danza.

RAM. ¿Y conoce su novia de usted la afición que le domina?

JORGE. ¡Qué ha de conocer! Ni ella, ni sus tíos, ni nadie. Al contrario. Me creen un santito incapáz de cometer el menor pecado.

RAM. ¿Y no se ruboriza usted de su conducta?

JORGE. ¡Ya lo creo! Me pongo como un pavo; pero nada más. ¡Qué demonio! Un estudiante del último año de derecho juega siempre. En cuanto termine la carrera y me case, nueva vida.

RAM. Eso es lo conveniente.

JORGE. Como hoy son los dias de tu señora, dije: voy á saludarla. Y aquí me tienes. Por lo visto sobran los dulces, ¿eh? (Señalando las cajas que conserva Ramona en la mano.)

RAM. ¡Ah! Sí. Es un regalo que acaba de hacerme la señorita. A propósito. ¿Conoce usted alguna Dolores?

JORGE. ¡Ya lo creo!

RAM. Pues tome usted.

JORGE ¡Pero chica!

RAM. Se las ofrezco de buena voluntad. (Así me dará algo.) A mí no me sirven para nada. (Lo menos me da cinco duros.)

JORGE. No importa.

RAM. Ande usted. Con eso evita usted que se apolillen en mi cuarto.

JORGE. ¡Ah! Eso es diferente. Si se van á apolillar... (Las coge.) Pero en cambio, toma. (Sacando una moneda.)

RAM. ¡Bah! ¡Señorito!

JORGE. De otro modo no las acepto. (Le da la moneda.)

RAM. Muchas gracias. (¡Dos pesetas! ¡Habrá tunante!) Voy á decir á mi señorita que está usted aquí.

JORGE. Anda, anda.

RAM. (Ya no puede una fiarse de nadie.) (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI

JORGE; luégo CARLOS

JORGE. (Mirando las cajas.) ¡Son preciosas! ¡Valiente ganga! Esta para mi patrona. Ya que no le pago hace dos meses, justo es obsequiarla el día de su santo. Esta otra para la mujer de mi zapatero. Así cobrará algo á cuenta de las últimas botas. ¿Y ésta para quién? ¡Ah, sí! Para mi tía futura. También se llama Dolores. Voy á dar el gran golpe. Las remito con un mozo de cuerda y subo en seguida. (Va á marcharse y tropieza en el foro con Carlos que entra al mismo tiempo. Jorge oculta las cajas, colocando las manos detrás de la espalda.)

CARLOS. ¡Demonio!

JORGE. Usted dispense.

CARLOS. ¡Jorge!

JORGE. (¡El tío!)

CARLOS. ¡Hombre, qué casualidad!

JORGE. ¿Conoce usted á la dueña de esta casa?

CARLOS. Sí... de vista. Es decir... ¿Y usted también?

JORGE. Sí señor.

CARLOS. (Si llega éste á contarle á mi mujer...) ¡Yo apenas la trato!

JORGE. ¡Ah!

CARLOS. Cualquiera al verme aquí podría suponer... ¡Nada, visita de cumplido!

JORGE. Lo supondría quien no le conociera á usted.

CARLOS. Pero usted me conoce.

JORGE. ¡Ya lo creo! ¡Un hombre como usted! ¡Tan amante de su esposa! ¡Tan juicioso, tan rígido!

CARLOS. Eso es. (¡Cómo me conoce este chico!)

JORGE. Con permiso de usted...

CARLOS. Supongo que no dejará usted hoy de visitarnos.

JORGE Dentro de una hora tendré el gusto de...

CARLOS. Luisa estará impaciente

JORGE ¡Y yo también! ¡La amo tanto!

CARLOS. ¡Oh! Será usted un excelente marido.

JORGE Lo mismo que usted. Voy á seguir su ejemplo.

CARLOS. ¡Cabal! Si hace usted lo que yo... (¡Ya está fresca mi sobrina.)

JORGE. Vaya, hasta luégo.

CARLOS. ¡Ah! Me parece inútil que hable usted en casa de este casual encuentro.

JORGE. ¿Yo? ¿Hablar yo?... ¡Qué disparate!

CARLOS. No porque esto tenga nada de particular.

JORGE. ¡Es claro!

CARLOS. Pero en fin .. ¡Já, já, já! ¿Comprende usted?

JORGE. ¡Justo! ¡Por... já, já, já!... ¡Vaya si lo comprendo! (Vase por el foro.)

ESCENA XII

CARLOS; luégo LOLA

CARLOS. ¡Maldita contrariedad! Ese muchacho puede ser indiscreto. ¿Si habrá visto Lola mi regalo? Estoy en áscuas.

La idea es original. Para esta clase de mujeres lo mejor es no andarse con distingos. Aunque nunca he tratado á ninguna, no ignoro lo que debe hacerse. ¡Ah! ¡Ella es!

LOLA. ¿Usted aquí? (Yo esperaba hallar á Jorge.)

CARLOS. Aguardándola como la más risueña esperanza.

LOLA. Siéntese usted.

CARLOS. Con mil amores. (Está muy fina. Ya lo suponía yo.) (Se sientan. Pausa.) ¡Pero qué guapísima es usted!

LOLA. ¡Cuidado con burlarse!

CARLOS. ¿Burlarme? ¡Burlarme de usted después de haberle dado la prueba más patente y más!... No lo digo por obligar á usted, eso no; pero en fin... Yo creo que... ¡Pues!

LOLA. ¡Se refiere usted?...

CARLOS. Á mi recuerdo.

LOLA. ¡Ah! Sí señor... Me olvidé darle gracias.

CARLOS. (¡Canario! Me gusta el olvido.) ¿Y qué tal los bombones?

LOLA. (¡Y dale con los bombones!) ¡Exquisitos!

CARLOS. (¡Con cuánta frialdad lo dice!) ¿Los... ha probado usted?

LOLA. Naturalmente.

CARLOS. ¿Todos?

LOLA. No soy tan golosa. Me contenté con uno.

CARLOS. ¿Con uno? ¿Uno solo? ¡Nunca, señora! Eso es muy poco.

LOLA. ¡Pero amigo mío!.. (¡Vaya un capricho!)

CARLOS. No lo consiento. ¿Mil nada más? ¡De ninguna manera!

LOLA. ¿Eh? ¿Cómo mil?

CARLOS. ¡Claro está! Un bombón, mil. Ya lo ha visto usted.

LOLA. (No entiendo una palabra.)

CARLOS. Cinco bombones, cinco mil. La tarjeta que puse en la caja lo explicaba todo.

LOLA. ¿La tarjeta?

CARLOS. Sí... abajo... pegadita en el fondo... ¿No ha leído usted mi felicitación? ¡Sí está en verso, señora! Yo no

soy poeta. ¿Pero qué enamorado deja de serlo alguna vez? Por fortuna los recuerdo perfectamente. Escuche usted:

Son esos cinco bombones
símbolo de mi pasión;
si ablandan tu corazón
colmarás mis ilusiones.
Al valerme de estas tretas
gusto doy á mis antojos;
uno solo de tus ojos
vale las cinco mil pesetas.

Este último verso creo que es un poco largo, pero...

LOLA. ¿Qué oigo?

CARLOS. Me salieron de corrido, créalo usted!

LOLA. ¡Ahora comprendo! ¡Y ha tenido usted valor de ofrecerme!... (¡Qué indignidad!)

CARLOS. ¡Una bicoca!

LOLA. ¡Cinco mil pesetas!

CARLOS. Para que se compre usted lo que más le agrade.

LOLA. (Levantándose.) ¡Salga usted, caballero!

CARLOS. ¿Eh?

LOLA. ¡Salga usted de mi casa!

CARLOS. ¡Caracoles!

LOLA. ¿Y usted se figuraba que iba yo á aceptar?...

CARLOS. ¡Señora, mil duros los acepta cualquiera!

LOLA. ¡Márchese usted en seguida! ¡Le devolveré á usted esa suma!

CARLOS. (¡Pues señor, le ha parecido poco sin duda!)

LOLA. ¿Se marcha usted, ó no?

CARLOS. Bueno, bueno. ¡Cálmese usted! ¡Yo enmendaré mi error! ¡Le juro á usted que enmendaré mi error!

LOLA. ¡Basta!

CARLOS. ¡Ya me marcho... pero volveré luégo! ¡Enmendaré mi error! (Vase.)

ESCENA XIII

LOLA; luégo RAMONA

LOLA. (Muy agitada.) ¡Ramona! ¡Ramona!
RAM. Señorita...
LOLA. ¡Las cajas de dulces! ¡Pronto!
RAM. ¿Qué cajas?
LOLA. Las que estaban ahí. Tráelas.
RAM. Es que... Diré á usted. Como usted me las regaló de buena voluntad...
LOLA. ¿Qué?... Acaba ..
RAM. Se las dí á mi vez al señorito Jorge hace un momento.
LOLA. ¿Á Jorge? ¡Corre... búscale en seguida... No te detengas!...
RAM. ¡Que busque!...
LOLA. ¡Sí... de prisa!... (Jorge sale por el foro.)
RAM. Aquí lo tiene usted.

ESCENA XIV

DICHAS y JORGE

JORGE. Muy buenos días, Lolita.
LOLA. Corriente. Que los tenga usted muy felices, etc. Vengan las cajas.
JORGE ¿Qué cajas?
LOLA. Las que acaba de darle á usted Ramona.
JORGE. Ya no las tengo, señora.
LOLA. ¿Cómo que no?
JORGE. Acabo de mandarlas con un mozo de cuerda.
LOLA. ¿Dónde?
JORGE. En casa de tres Dolores.
LOLA. ¡Desgraciado! ¡Vaya usted á recogerlas!
JORGE. ¿Por qué?

LOLA. Porque en una de ellas van cinco mil pesetas.

RAM. ¿Cinco mil pesetas?

JORGE. ¡Caspitina! ¿En cuál?

LOLA. ¡Qué se yo! ¡No recuerdo bien!

JORGE. ¿Pero está usted segura?

LOLA. Segurísima.

JORGE. ¡Cinco mil pesetas!

LOLA. ¡En billetes de mil! ¡Son cinco bombones!

JORGE. Oiga usted. ¿Y en qué confitería venden eso?

LOLA. ¡Corra usted!

JORGE. Bueno. Cálmese usted. Precisamente viven muy cerca. Les diré que me he equivocado.

LOLA. ¡Vamos!

JORGE. Volando. (Vase.)

ESCENA XV

LOLA y RAMONA

RAM. Señorita, ¿me quiere usted explicar...?

LOLA. Esos eran los bombones que tanto recomendaba el otro.

RAM. ¿Don Carlos?

LOLA. El insolente se atrevió á suponer... ¡Oh! Todos abusan de mi situación. ¡Es claro! Me ven sola. Sin un padre, sin un marido.

RAM. Eso es lo que le hace á usted falta.

LOLA. Y si no mando el dinero, creerá que me lo guardo.

RAM. Naturalmente.

LOLA. (Dando un grito.) ¡Ah!

RAM. ¡Señorita!

LOLA. ¡Ahora recuerdo! Tal vez no estén en esas cajas, sino en las otras.

RAM. ¿En qué otras?

LOLA. En las que llevó Agustin.

RAM. ¡Pues es verdad!

LOLA. Ve por ellas.

RAM. ¡En seguida! (Echa á correr.)

LOLA. ¡Aguarda! ¿Dónde vas?

RAM. ¡No lo sé!

LOLA. ¿A quién las remití? A mi amiga... Eso es.

RAM. Y va una.

LOLA. Á Dolores Cifuentes.

RAM. Van dos.

LOLA. ¿Y la otra? ¿Para quién fué la otra?

RAM. Recuerde usted...

LOLA. ¡Es inútil! ¡Dios mío! ¿Paraquién entregué á Agustín la tercera caja?

ESCENA XVI

DICHAS y AGUSTÍN

AGUST. Para Dolorcitas Perolini, Ronda de Recoletos, cuarenta y dos.

LOLA. ¡Ah, gracias al cielo! Ramona iba á buscarle á usted para saber...

AGUST. ¿Si hice bien el eneargo? ¡Perfectamente! Todos me han dado las gracias más expresivas y...

LOLA. Bueno. Tome usted un coche.

AGUST. ¿Cómo? ¿Voy á llevar un coche también?

LOLA. Y vuelva usted á escape donde dejó las cajas.

AGUST. ¡Ah! Entiendo. ¿Debo llevar otra cosa?

LOLA. Al contrario. Hay que recoger las que ha llevado.

AGUST. ¿Recoger?

LOLA. Sí... pronto... corra usted.,.

AGUST. Pero señora, ¿con qué cara me presento? Usted no sabe lo contentos que se pusieron.

LOLA. No importa. En cambio lléveles usted... sí todo esto. ¡Tome usted! (Lola y Ramona le entregan cuantos objetos hay sobre la mesa. Por último le dan la estátua.)

RAM. ¡Tome usted!

LOLA. Y esto también.

RAM. ¡Y esto otro!

AGUST. Sin embargo, yo desearía saber...

LOLA. ¡Las cinco mil pesetas, hombre!

RAM. ¿Las cinco mil pesetas?

AGUST. Las...

LOLA. Sí señor... que van dentro de una caja.

RAM. Y no sabemos cuál.

AGUST. ¿Una caja de dulces con cinco mil pesetas? Deben habérselas comido. (Vase por el foro.)

ESCENA XVII

LOLA, RAMONA y luégo JORGE

LOLA. ¡Dios quiera que llegue á tiempo!

RAM. ¡Malhaya la idea de aquel hombre!

LOLA. ¡Quién había de figurarse...!

JORGE. (Saliendo con dos cajas.) ¡Aquí están ya!

LOLA. ¿Los billetes?

JORGE. Las cajas. No hay billetes.

LOLA. ¿Que no?

JORGE. Puede usted verlo.

LOLA. Vengan en seguida. (Coge una y la desocupa sobre una bandeja.) ¡Nada! En esta no hay nada.

JORGE. Vea usted la otra.

LOLA. (Idem.) ¡Tampoco!

RAM. Deme usted la tercera.

JORGE. La...

RAM. Sí. Eran tres, estoy segura.

JORGE. ¿La tercera? Esa no puedo recogerla.

RAM. y LOLA. ¿Por qué?

JORGE. Porque se la he mandado á mi futura tía, deseándola muchos años de vida.

LOLA. ¿Á su tía?

JORGE. Sí. La señora de don Carlos Carrascosa.

LOLA. ¡Cielos!

RAM. ¡Ay, qué gracia!

JORGE. ¿Eh?

LOLA. ¿Qué ha hecho usted?

JORGE. ¡Toma!

LOLA. ¡Pero hombre de Dios, si esa caja me la había regalado su marido!

JORGE. ¿Don Carlos?

LOLA. ¡Y dentro va su tarjeta con unos versos!

JORGE. ¡Cataplúm!

LOLA. ¡Vaya usted en seguida y trate usted de evitar...

JORGE. ¡Ya lo creo! ¡Digo, y su mujer que es tan celosa!

LOLA. ¡Vaya usted!

JORGE. ¡Á escape! (Vuelve.) ¡Ah! ¿Y si encuentro el dinero?

LOLA. Me lo trae usted en seguida. Quiero devolverlo en propia mano.

JORGE. Corriente. (Vase corriendo.)

LOLA. Si es esa la caja y allí se descubre todo, ¿qué dirán de mí?

RAM. ¡De usted dirán lo que quieran; pero á don Carlos le van á poner verde!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala elegante. Puerta al foro y laterales. Velador á la derecha, primer término, y sobre aquél varios ramos de flores y cuatro ó cinco cajas de dulces iguales á las del acto primero. Chimenea en segundo término á la izquierda, cargada de objetos artísticos, como jarrones, figuritas de biscuit, retratos, etc.

ESCENA PRIMERA

DOLORES, SATURNINA y á poco LUISA

(Saturnina arregla los objetos que hay sobre el velador. Dolores sentada á la izquierda, examina un ramo de flores.)

DOL. Tiene camelias preciosas.

SAT. Y que ahora cuestan muy caras, señorita. Mire usted, mire usted este otro. (Acercándose á Dolores con otro ramo.)

DOL. Es lindísimo. ¿Quién me lo remite?

SAT. (Sacando del ramo una tarjeta y leyendo.) «Aurora Fernandez de Moncalvo.«

DOL. Excelente amiga. Todos los años me envia un cariñoso recuerdo el día de mi santo.

SAT. (Volviendo cerca del velador.) También son muy bonitas estas cajas. (Las coge y va retirando las tarjetas que hay sobre las mismas, colocándolas confundidas en un extremo del velador.)

DOL. Parece que es el regalo de moda.

SAT. (Leyendo las tarjetas conforme va retirándolas.) «Matilde Cienfuegos», «Sebastian García». ¿Quiere usted que las desocupe y llene de dulces la bandeja?

DOL. Bueno. Como gustes. (Saturnina coge una bandeja y empieza á desocupar las cajas. Luisa sale por el foro, se acerca de puntillas á Dolores y la besa.) ¡Ah!

LUISA. Que los tenga usted muy felices.

DOL ¡Loquilla!

LUISA Siempre deseo besarte, querida tía, pero en este día solemne lo deseo mucho más. Que seas (La besa.) feliz (Id.) mil (Id.) y mil años.

DOL. Basta, basta.

LUISA. Pero, ¿y mi tío? Yo me figuraba hallarle aquí á tu lado.

DOL. Pues hija, desde esta mañana que salió de casa, no he vuelto á verle.

LUISA. ¡Qué rareza!

DOL. ¡Quia! ¡Si á mí no me choca! Hace ya mucho tiempo que mi señor marido me trata con marcada indiferencia.

LUISA. ¡Qué tontería!

DOL. ¿Lo dudas? ¿No recuerdas lo de otras veces? Antes... ¡Hace dos ó tres años, habia que verle en un día como hoy! Se levantaba muy tempranito para sorprenderme en cuanto yo salía de mi tocador, con un magnífico regalo. Luégo me abrazaba tiernamente. Después sentaditos en un rincón del gabinete, recordábamos la fecha venturosa de nuestra unión, y volvia á abrazarme. En seguida almorzábamos, y de plato á plato me acariciaba como en nuestra luna de miel. ¿Dejarme sola? ¡Qué locura! Ni un momento. Todo el día juntos...

LUISA. Y abrazo va y abrazo viene. Ya lo sé.

DOL. ¡Pero ahora, qué diferencia! Por supuesto yo adivino muy bien la causa de su desvio.

LUISA. ¿La causa?

DOL. Estoy segurá que alguien me le distrae.

LUISA. La manía de siempre. ¿Por qué eres tan celosa?

DOL. Porque tengo motivos para serlo.

LUISA. Pero en fin, ¿sabes algo?

DOL. ¿Saber? Crees que si yo supiera no habría movido ya la de San Quintín.

LUISA. Entonces...

DOL. Supongo perfidias desconocidas y nada más.

LUISA. ¡Qué simpleza! Mi tío te adora.

DOL. Y hace muy bien. ¿Dónde encontrará una mujer tan jóven—porque soy mucho más joven que él—que siempre se desviva por complacerle? No me creo poseedora de grandes atractivos, pero así y todo, conozco á más de cuatro que tendrian la avilantéz de hacerme la corte si yo lo permitiera.

LUISA. ¡Toma! ¡Y más de cuarenta!

DOL. En todo caso, el ser celosa ¿qué demuestra? Un cariño apasionado. Tú también eres celosa con tu novio.

LUISA. ¡Mucho! ¡Muchísimo!

DOL. ¿Lo ves?

LUISA. No puedo remediarlo. Algunas veces llego hasta la exageración.

DOL. ¡Digo, digo!

LUISA Una mosca que pase... ¡Una mosca, tía! Pues ya me tienes escamada.

DOL. Y sin embargo, Jorge es un chico muy bueno, muy galante...

LUISA. Demasiado galante. ¡No me fío de esos tan finos!

DOL. Ya daría yo cualquier cosa porque Carlos se le pareciese.

LUISA. Con cuánto entusiasmo le defiendes.

DOL. ¿A que también tienes celos de mí?

LUISA. ¡Já, já, já! ¡Vaya una idea!

(Saturnina, que durante este tiempo ha desocupado todas las cajas, y se ha comido varios dulces á hurtanillas, descubre en la última cinco billetes de mil pesetas. Se hallan colocados en forma de papillotes con un bombón dentro. Saturnina coge un billete, lo desdobla, y muy sorprendida exclama;)

SAT. (¿Qué es esto? ¡Un billete de mil pesetas!) ¡Señorita!

DOL ¿Qué ocurre?

SAT. Mire usted en dónde vienen envueltos estos bombones.

LUISA. ¿Un billete de banco?

DOL. ¿Cómo un billete?

SAT. (Cogiendo los otros.) Sí señora. Y otro, y otro, y otro más. Es una mina esta caja. (Se los da á Dolores.)

DOL. ¡Billetes de mil pesetas!

SAT. Cinco, señorita.

LUISA. ¡Mil duros! ¿Te mandan mil duros, tia?

DOL. ¡Esto es inaudito! ¿Quién remite la caja?

SAT. No lo sé.

DOL. ¡Pero no tenía tarjeta ni nombre alguno!

SAT. Sí señora, tenía una tarjeta, pero las he retirado todas colocándolas juntas sobre el velador, y ahora ya no sé á qué objeto pertenecen.

DOL. ¡Torpe, estúpida, idiota!

SAT. Pero, señorita, ¡quién había de figurarse!

DOL. Márchate.

SAT. Yo...

DOL. ¡Que te marches!

SAT. (Que no ha soltado la caja.) ¡Maldita caja! Voy á arrojarla al fuego. (Se dirige rápidamente á la chimenea.)

DOL. ¡No! Déjala ahí.

SAT. Bueno ¡Ahí la dejo! (La coloca sobre la chimenea, de modo que quede oculta entre los objetos que hay en aquélla. Vase por el foro.)

ESCENA II

DOLORES y LUISA

DOL. O es una burla, ó reviste la broma carácter más grave. Dádivas semejantes no se mandan nunca á una señora, como no se la suponga capáz de aceptarlas. Veamos todas las tarjetas.

LUISA. (Las coge y va leyéndolas.) «León Centellas». ¿Un militar?

DOL. No. El teniente cura de la parroquia.

LUISA. ¡Centellas un teniente cnra! Qué cosa tan rara. Este no puede ser. (Arroja la tarjeta sobre el velador.) «Emilita Frías». «Aurora Fernández».

DOL. Tampoco.

LUISA. «Sebastián Coscojillo».

DOL. Un pobre inválido con cien años.

LUISA. Entonces mucho menos. «Matilde Cienfuegos». «Jorge Ramirez». ¡Mi novio!

DOL. ¿Tu novio? (Quedan un momento pensativas.) ¡Imposible!

LUISA. ¡Claro!

DOL. ¿Quién ha de suponer?...

LUISA. Atreverse á ofrecerte... ¡Qué horror!

DOL. ¡No hay que pensarlo!

LUISA. ¡Es verdad! «Nicasio Caparrosa».

DOL. ¿Quién es este?

LUISA. ¿Caparrosa?

DOL. ¿Lo recuerdas?

LUISA. No tal.

DOL. ¡Maldita memoria!

LUISA. Este ha debido ser. Algún calavera; algún seductor de oficio que habrá querido por ese medio poner á prueba tu virtud.

DOL. Aguarda. Es muy posible que Saturnina sepa... (Llamando.) ¡Saturnina!

LUISA. (Id.) ¡Saturnina!

ESCENA III

DICHAS y SATURNINA

SATUR. Aquí estoy.

DOL. Díme en seguida. ¿Recuerdas alguna visita de casa que se llame Nicasio Caparrosa?

SATUR. Sí señora.

LAS DOS. ¡Ah!

SATUR. Y por cierto que se me olvidó decirselo á usted.

DOL. ¡Vamos!

LUISA. Estaba segura.

DOL. ¿Quién es?

SATUR. El carbonero.

DOL. ¿Eh?

SATUR. Esta mañana entró en la cocina y me dijo : « Hoy son lus dias de tu señora. Dale estu que me lo he mandadu hacer exprofesu para lo mesmu.» Y me entregó esa tarjeta que dejé luégo sobre el velador. Yo correspondí con dos pesetas.

LUISA. ¡Cómo habíamos de conocerle! ¡Já, já!...

DOL. ¡Ya no haces falta! (Váse Saturnina.)

LUISA. ¡Tiene gracia!... (Leyendo la última tarjeta.) « Agustín Terciado y Fuenterrabía, inventor.» El antiguo amigo de mi tío.

DOL. ¡Agustín! ¡Qué sospecha! Siempre me está echando piropos y miradas profundas.

LUISA. ¡Cierto! ¡También lo he reparado!

DOL. ¡Y ahora que recuerdo! ¡Este debe ser!

LUISA. Cuenta, cuenta.

DOL. Hace tres ó cuatro días hablábamos de unas acciones de minas que él posée, y de las que espera sacar gran provecho. Entonces, y preguntándome si yo era afi-

cionada, y si queria comprar algunas, le contesté .. ¿Comprar?... ¡Para mí quisiera el dinero! ¡Ando ahora tan apurada! Yo hablaba en broma, ¿comprendes? No se afluja usted, dijo, lanzándome una de sus miradas provocativas. Pronto saldrá usted de apuros... ¡Ojalá pudiese yo salir de los que tanto me asedian!

LUISA. ¡Hola, hola!

DOL. Ahora comprendo su intención.

LUISA. La cosa es clara... Te manda ese dinero para que salgas de apuros.

DOL. ¡Me avergüenzo al pensar en ello!

LUISA. ¿Y quién no se avergonzaría de...? Pero estamos suponiendo lo que tal vez no sea verdad. ¡Si Agustín es inocente...!

DOL. ¡Calla! Me parece que oigo su voz. (Va al foro y vuelve.) Sí, sí... El mismo... Déjame sola... Voy á averiguarlo todo con maña.

LUISA. Que no cometas ningún disparate. Si no ha sido él conviene callarse. Lo sabría todo el mundo y se harían comentarios ridículos.

DOL. Naturalmente: No temas nada.

LUISA. (Y si no ha sido Agustín, ¿quién pudo atreverse? Porque pensar en Jorge... ¡Oh! ¡Es una locura!) (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA IV

DOLORES y AGUSTÍN

AGUST. ¡Que Dios bendiga á la reina de esta casa!

DOL. (Ya empezamos.)

AGUST. ¿Cómo está usted, encantadora Dolorcitas?

DOL. Muy bien, gracias.

AGUST. Usted siempre tan bella.

DOL. (¡Dale!)

AGUST. (¡Si á fuerza de echarla piropos la pusiera de mi parte

para que me prestase su esposo las cinco mil pesetas!) He querido ser de los primeros en felicitarla y por eso vengo tan temprano. (Viendo el reloj.) Las dos. Verdaderamente no es tan temprano... Pero qué bonita está usted hoy.

DOL. Vamos, don Agustín, suplico á usted que...

AGUST. Señora, eso salta á la vista. Apropósito; supongo que habrá usted dispensado mi atrevimiento.

DOL. ¿Su atrevimiento?

AGUST. Yo hubiera querido regalar á usted algo más importante, pero...

DOL. ¡Ah, sí! ¿Se refiere usted á los bombones?

AGUST. Justo.

DOL. ¿Luego ha sido usted el remitente de esa famosa caja?

AGUST. ¿Famosa? ¡Por la Virgen, señora, no me avergüence usted! Eso no vale nada. Fuí en casa de Prast á quien conozco hace tiempo.—Como que de allí solía yo abastecer mi tienda—y le dije: Déme usted algo nuevo, algo de gusto.—Aquí tiene usted la novedad. —Y mep resentó esa cajita. ¿Cuánto? Tanto.—No será lo último.—Sí señor, lo último.—¡Ah! Pues si es lo último... Y así se ultimó todo.

DOL. (¡Habrá insolente!)

AGUST. En cambio de mi recuerdo... (Aprovechemos la ocasión.) Supongo que me otorgará usted...

DOL. ¡Caballero!

AGUST. ¡No! Si yo no exijo un imposible. Usted debe estar ya enterada de lo que se trata. El asunto es tan claro y sencillo que...

DOL. Bien, bien; dejemos eso y ocupémonos de las cinco mil pesetas.

AGUST. ¿Qué oigo? (Sabe la cifra exacta.) Efectivamente, señora. Cinco mil pesetas, ni más ni menos.

DOL. ¿Luego es cierto?

AGUST. ¿El qué?

DOL. ¿Es usted el de las cinco mil pesetas?

AGUST. Servidor de usted. (Carlos le habló, estaba seguro.)

DOL. (¡Y con qué calma lo afirma!)

AGUST. Servidor de usted.

DOL. ¿Pero ha reflexionado usted las consecuencias de su conducta?

AGUST. ¡Bah! ¡Pues ya lo creo!

DOL. ¿Por manera que usted se ha figurado así sencillamente que yo sería capáz de aceptar semejanle embajada?

AGUST. ¿Y por qué no? ¿Acaso no me conoce usted lo bastante para poder apreciar mis cualidades? Usted sabe que soy honrado, que tengo ingenio—aunque no está bien que yo lo diga—atrevimiento, osadía ..

DOL. ¡Basta! No sé cómo hasta aquí tuve bastante calma para dominarme.

AGUST. ¿Calma para?...

DOL. (Saca del bolsillo los billetes. Coge un sobre del velador y los mete dentro. Luégo entrega el sobre á Agustín.) Tome usted. Le suplico que á nadie diga una palabra de tan escandaloso asunto. Comprenda usted que se harían comentarios ridículos capaces de comprometerme. Ya que fué usted tan osado para resolverse á lastimar mi orgullo, sea usted lo bastante sincero para reconocer su torpeza y mi decoro.

AGUST. Que sea yo lo... Corriente... (No entiendo una jota.)

DOL. Guarde usted eso, y ya sabe usted lo que debe hacer... (Señalando á la puerta. Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA V

AGUSTÍN. Queda perplejo dando vueltas al sobre.

Que guarde esto, y que ya sé lo que debo hacer. ¿Qué demonio de logogrifo encierran sus palabras? Vamos á ver que es esto. (Saca los billetes.) ¡Cielos! ¡Billetes de mil pesetas! ¡Oh, alma sublime! Uno, dos, tres... ¡Justo! ¡Cinco! Los mil duros que necesitaba. Carlos

se ablandó al fin y por mediación de su esposa me prestó la suma. ¡Qué delicadeza de sentimientos! ¡Caba!! Por eso acaba de decirme... ¡No! Lo que acaba de decirme no lo entiendo bien. Que ha nadie diga nada. Esto sí lo entiendo. Que se harían comentarios ridículos... ¡Claro! Como se trata de un invento extraño... También lo entiendo... Que lastimé su orgullo... ¡Eso es! Figurándome que no convencería á su esposo... y en fin, que reconozca mi torpeza y su decoro. Fuí torpe en no creer ni esperar, y su decoro se ofendió por eso. Pues lo entiendo todo perfectamente. ¡Vaya si lo entiendo!

ESCENA VI

DICHOS y CARLOS, por el foro.

CARLOS. ¡Hola! ¿Tú por aquí?

AGUST. ¡Excelente amigo! ¡Ven! Deja que te abrace. Almas como la tuya van siendo muy raras.

CARLOS. ¿Eh?

AGUST. Gracias. ¡No lo olvidaré nunca!

CARLOS. ¿El que?

AGUST. Ese elocuente rasgo de magnanimidad.

CARLOS. ¿Qué rasgo?

AGUST. No disimules ni pretendas negar lo que ya es hecho consumado. Tu esposa me entregó el dinero hace un instante.

CARLOS. ¿El dinero?

AGUST. Cinco mil pesetas. ¡Gracias, corazón de oro!

CARLOS. ¿Que mi esposa te entregó cinco mil pesetas?

AGUST. ¿Pocos amigos he conocido de tu fibra?

ESCENA VII

DICHOS y DOLORES

DOL. (¿Todavía permanece aquí?)

AGUST. ¡Mírala! Ella puede testificar.

CARLOS. Díme Dolorcitas. ¿Qué cinco mil pesetas son esas que acabas de entregar á Agustín?

DOL. ¿Cómo? ¿Tú sabes?... ¿Quién te ha dicho...?

CARLOS. El mismo.

DOL. ¿Usted? ¿Se lo ha dicho usted?

AGUST. ¡Naturalmente!

DOL. (¡Qué descaro!)

CARLOS. Á ver, á ver. Explícame.

DOL. Muy sencillo. Toda vez que ha cesado el misterio... Así como así la conducta de este caballero de tal modo me había impresionado, que á duras penas hubiera conseguido ocultarte la verdad.

CARLOS. Habla pronto.

DOL. ¡Acaso no lo sabes!

AGUST. ¡Pues no lo ha de saber!

DOL. ¿Sabe que me ha mandado usted las cinco mil pesetas?

AGUST. No. Que usted me las ha dado.

DOL. Bueno. Después de haberlas recibido.

AGUST. Cabal.

CARLOS. Pero señor, ¿de qué pesetas hablas?

DOL. De las que tu amigo me remitió en una caja de bombones.

AGUST. ¿Yo?

CARLOS. (¡Caracoles!)

AGUST. ¿Qué yo remití á usted cinco mil bombones en una peseta? ¿Digo cinco mil pesetas en un bombón?

CARLOS. (Aparte á Agustín.) Dí que sí. (Alto.) ¿Es posible? (Me ha devuelto la caja. No hay duda.)

AGUST. ¡Pero señora!

CARLOS. (Aparte.) ¡Que te calles! Dí que sí. (Alto.) Esa conducta, caballero, es inícua!

AGUST. ¡Y dale!

CARLOS. ¿Y se llamaba usted amigo mío?

DOL. Bien, bien: no demos al hecho proporciones exageradas. Ya le devolví el dinero, y le indiqué que se marchase.

CARLOS. ¡Ah! ¿Le devolviste el dinero? ¡Parece mentira! ¡Abusar de una amistad tan antigua!

AGUST. (¿Se habrán vuelto locos?) ¡Carlos! ¡Hijo mío! ¡Vuelve en tí!

CARLOS. (Aparte.) ¡Que te calles!... Déjanos, Dolores.

DOL. ¿Para qué? No te irrites...

CARLOS. Déjanos un momento, y no temas nada.

DOL. Por Dios, Carlos, por Dios.

CARLOS. ¡Márchate!

DOL. ¿Ve usted, caballero? ¿Ve usted dónde nos ha conducido su imprudencia?

AGUST. Pero señora, repito...

CARLOS. (Aparte.) ¡Que te calles!... (Acompañando á Dolores hasta la puerta.) ¡Déjale! Ya lo arreglaré yo. ¡Tunante! ¡Pillo! (Vase Dolores por la primera de la derecha.)

ESCENA VIII

CARLOS y AGUSTÍN

CARLOS. (Acercándose rápidamente á Agustín.) Pronto. Dame ese dinero.

AGUST. ¿Qué dinero?

CARLOS. ¡Mis cinco mil pesetas, hombre!

AGUST. ¿Pero en qué quedamos? ¿Me las das ó me las tomas?

CARLOS. ¡Torpe! Esa caja era mía; es decir, suya. Y el dinero estaba dentro.

AGUST. ¿El dinero dentro?

CARLOS. ¡Sí! De la caja de dulces. De la que yo mismo le llevé á Lola esta mañana.

AGUST. ¡Calla! ¿Fuíste tú el de las cinco mil pesetas? ¿Y era ese el regalito que la ofrecías? ¡Pues apenas me hizo correr!

CARLOS. ¡Qué imprudencia, Dios mío, qué imprudencia! Mandarla á mi misma casa. (Se acerca al velador.) Una de éstas debía ser. Las malditas se parecen todas. ¡Si llegan á pescar mis versos!

AGUST. ¿Había versos dentro?

CARLOS. Sin duda tuvo la precaución de retirarlos.

AGUST. Naturalmente.

CARLOS. Dios se lo pague.

AGUST. ¡Anda! ¿No asegurabas que saldrías victorioso? ¡Toma viudas!

CARLOS. ¿Pero señor, por qué se ha figurado mi esposa que fuiste tú el donante?

AGUST. Eso pregunto yo. ¿Por qué al darme estos billetes me tomaba por...? (Mostrándolos.)

CARLOS. Vengan, vengan.

AGUST. (Guardándolos.) Ahora comprendo sus frases.

CARLOS. Dame el dinero.

AGUST. ¿Conque esas tenemos? ¿Conque regala usted sumas enormes á viudas honradas?

CARLOS. ¡Calla, maldito!

AGUST. ¿Conque pretende usted seducir á mi futura?

CARLOS. ¿Cómo tu futura?

AGUST. Ella no acepta mi mano; pero puede ser mi futura.

CARLOS. ¡Baja la voz!

AGUST. ¡Y á mí! ¡Colocarme á mí en tan ridícula situación! ¡Hacerme pasar por galanteador de su mujer!

CARLOS. De eso no tengo la culpa.

AGUST. Todo ha concluído entre nosotros.

CARLOS. Dame los mil duros.

AGUST. ¿No oye usted que ha concluído todo?

CARLOS. ¡Basta de bromas, caramba!

AGUST. ¡Que no me hable usted! (Cogiendo el sombrero.)

CARLOS. ¡Agustín! ¡Los billetes!

AGUST. ¿Después de lo ocurrido? Había yo de dárselos á usted y estoy seguro que usted no los tomaría.

CARLOS. ¡Los tomo! ¡Créete que los tomo!

AGUST. ¡Hasta dónde llega el rebajamiento moral de un hombre!

CARLOS. ¡Agustín!

AGUST. ¡Basta! ¡Me voy porque aquí pueden pasar cosas que repugnan á mi conciencia! (Vase por el foro.)

CARLOS. ¡Oye! ¡Escucha! ¡Grandísimo tunante!

ESCENA IX

CARLOS y DOLORES

DOL. (Saliendo por la primera de la derecha.) ¡Qué gritos! Estoy con el alma en un hilo.

CARLOS. (Sonriendo.) ¡Nada! No pasa nada.

DOL. ¿Se marchó ya?

CARLOS. ¿Quien?

DOL. Agustín.

CARLOS. Desgraciadamente.

DOL. ¿Pero has visto qué infamia?

CARLOS. ¿Cuál?

DOL. La de Agustín.

CARLOS. No la sabes tú bien.

DOL. ¿Te ha dado alguna explicación?

CARLOS. ¿A mí? Ni un cuarto.

DOL. ¿Eh?

CARLOS. Ni un cuarto de explicación. Lo niega todo.

DOL. ¿Lo niega? ¿Dice que no ha sido él?

CARLOS. Cabal. Que no ha sido él.

DOL. ¡Qué embustero! ¡Y á mí misma me lo confesó!

CARLOS. ¿Te lo confesó á tí misma?

DOL. Figúrate nuestra sorpresa, cuando al desocupar Saturnina hace poco esas cajas de dulces halló en una de ellas los billetes de banco.

CARLOS. ¡Ah! Fué Saturnina quien...

DOL. Todas las tarjetas se hallaban confundidas y era imposible averiguar la procedencia de la caja. Entonces vimos que una de estas pertenecía á Agustín.

CARLOS. ¿Y sospechaste de él?

DOL. Gracias á ciertos antecedentes... Mi sospecha era fundada, toda vez que Agustín me confesó que era el de las cinco mil pesetas.—¿Por qué lo niega ahora? ¿Quién pudo ser entonces?

CARLOS. Eso digo yo

DOL. Tu amigo, no hay duda. ¡Si hubieras visto su rubor cuando le entregué el dinero!...

CARLOS. (¡Claro! Se pondría colorado de gusto.)

DOL. ¡Por supuesto, que tú eres quien de todo tiene la culpa!

CARLOS. (¡Y tanto!) ¿Yo?

DOL. ¡Por tu creciente desvío! ¡Por la indiferencia conque me tratas.

CARLOS. ¡Cómo! ¿Dudas de mi amor? ¿Te figuras que sería yo capáz de engañarte?

DOL. Hace tiempo andas preocupado.

CARLOS. Los negocios...

DOL. ¿Qué has hecho hoy?

CARLOS ¿Hoy? Uno muy malo.

DOL. Otros años no eras así conmigo.... ¡Qué diferencia de ayer á hoy!

CARLOS. (¡Mil duros de diferencia!)

DOL. ¡El día que tenga la más pequeña prueba de tu falta!...

CARLOS. (¡Cristo bendito!)

DOL. No soy de las que sufren en silencio ni derraman lágrimas en un rincón del gabinete. Soy de las que lo afrontan todo y de las que se vengan.

CARLOS. (¡Qué monería de carácter!)

DOL. ¡Mucho ojo! No digo más.

CARLOS. Ni hace falta.

ESCENA X

DICHOS y SATURNINA

SAT. Señorita...

DOL. ¿Qué quieres?

SAT. Ahí fuera aguarda la cocinera que encargó usted en la Agencia el otro día.

CARLOS. ¿Cocinera nueva?

DOL. Naturalmente. La otra era inaguantable.

CARLOS Es verdad. Y muy sosa.

DOL. ¿Eh?

CARLOS. Que guisaba sin sal.

DOL. Veremos si esta nos conviene. (Vase por la segunda de la izquierda.)

CARLOS. (Aprovechemos la ocasión para correr en busca de Agustín. Yo no me quedo sin los mil duros.) Oye... Si la señora pregunta por mí, díla...

SAT. ¿Qué la digo?

CARLOS. Qúe fuí á afeitarme. No le digas más. (Vase por el foro.)

ESCENA XI

SATURNINA; luégo LUISA por el foro.

SAT. Me parece que el señorito está hoy algo trastornado. No hace más que entrar y salir.

LUISA. ¿Y mi tía?

SAT. Debe hallarse en el gabinete hablando con la cocinera nueva que había encargado.

LUISA. ¿Se sabe ya quién mandó el dinero?

SAT. ¿Qué dinero?

LUISA. El de la caja.

SAT. ¡Ah! ¡Yo no sé nada! Crea usted que no me perdonaré nunca mi torpeza.... ¿Por qué se me ocurriría confundir las tarjetas?

LUISA. Por fortuna, casi lo hemos adivinado.

SAT. ¿Lo saben ustedes ya?

LUISA. No estamos seguras, pero existen indicios. Voy á ver si mi tía logró averiguarlo.

SAT. ¡Y todo por mi culpa! ¡Daría cualquier cosa por poder decir el nombre de ese desconocido.

LUISA. Y yo también. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XII

SATURNINA; luégo JORGE

SAT. ¿Quién había de figurarse lo que guardaban aquellos bombones? Yo no había visto nunca regalos semejantes.

JORGE. (Saliendo por el foro muy agitado.) ¡Quiera Dios que llegue á tiempo!

SAT. ¡Hola, don Jorge!

JORGE. ¿Estás sola?

SAT. Ya lo ve usted.

JORGE. ¡Apenas puedo respirar!

SAT. ¿Qué le pasa á usted?

JORGE. Nada. Que he venido corriendo y... Pero vamos á ver... ¿Dónde está mi caja? (Busca en el velador.)

SAT. ¿Qué caja?

JORGE. Una caja de bombones que mandé hace rato con un mozo de cuerda.

SAT ¡Calla! ¿Fué usted?...

JORGE. Aquí debe hallarse.

SAT. ¿Ha sido usted el de los bombones?

JORGE. (Bajando al proscenio.) ¿Sabes algo? ¿Has oído algo?

SAT. ¿Una caja con cinco mil pesetas?

JORGE. (¡La abrieron!) ¡Justo! ¡En billetes de mil!...

SAT. ¡Valiente susto me hizo usted pasar!

JORGE. Cuenta lo que ha ocurrido.

SAT. ¡Pues ahí es nada!

JORGE. ¿La abrió tu señora?

SAT. No señor, la abrí yo y la entregué á mi señora con los billetes.

JORGE. ¡Anda salero!

SAT. ¡Se puso furiosa! ¿Quién ha mandado esto? ¿Qué significa esto? ¿Por qué está aquí esto?

JORGE. Bueno, bueno, adelante.

SAT. Y no sé más. Me dijeron que me marchara, y aquí quedaron la señora y su novia de usted.

JORGE. ¿Pero no sabes si don Carlos se enteró de todo?

SAT. ¿El señorito?

JORGE. ¿No has oído reñir, ni dar voces ni...?

SAT. Aguarde usted. Hace poco, sí señor. Daban aquí voces y hasta oí no sé á quien que decía: «¡Pillo! ¡Tunante!

JORGE. (Su mujer. Lo averiguó todo.)

SAT. Y la verdad es que mi señorito estaba también muy inquieto

JORGE. (¿Cómo arreglaría yo el asunto? Lo primero es hablar con mi futuro tío. Éste me pondrá en autos y sabré lo que puedo inventar para salvarle.) ¿En dónde está?

SAT. ¿Quién?

JORGE. Tu señorito.

SAT. Hace un momento salió á afeitarse.

JORGE. Conozco la peluquería. Está dos pasos de aquí. ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XIII

SATURNINA; luégo LUISA

SAT. ¡Al fin se averiguó! (Va á la izquierda y llama.) ¡Señorita! Estoy rabiando por decírselo. ¡Señorita Luisa!

LUISA. ¿Qué hay?

SAT. Venga usted. Ya sabemes quien mandó la caja. Acaba de decírmelo el mismo interesado.

LUISA. ¡Bah! Yo también lo sé. Me lo ha dicho Dolores.

SAT. ¿Es posible?

LUISA. Y tanto. Don Agustín.

SAT. ¡Quiá!

LUISA. ¿No fué don Agustín?

SAT. No señora. Su novio de usted.

LUISA. ¿Jorge?

SAT. Cabalito.

LUISA. ¿Ha sido Jorge?

SAT. Que acaba de referírmelo todo. Él mandó la caja y me preguntó si la había abierto la señora, y si el señorito Carlos se había enterado, y si hubo riña, y de pronto echó á correr como un loco, exclamando: «¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!»

LUISA. (Llorando cómicamente y con gran desconsuelo.) ¡Si me lo daba el corazón!

SAT. ¿Eh?

LUISA. ¡Fíese usted de los hombres! ¡Qué indignidad!

SAT. ¿Por qué llora usted?

LUISA. Márchate.

SAT. Pero...

LUISA. ¡Que te marches en seguida!

SAT. Bueno. Ya me voy. (Todos están tocados.) (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

LUISA; luégo DOLORES

LUISA. ¡Si varias veces lo sospeché! (Llorando siempre.) ¡Si en muchas ocasiones le sorprendí mirándome á mí con un ojo y á mi tía con el otro!... ¡Y luégo me llaman celosa y desconfiada! (Dejando de llorar.) Pero esto no queda así, no señor. (Llamando.) ¡Tía! Lo debe saber para castigar su audacia. ¡Tía!

DOL. ¿Por qué gritas así?

LUISA. (Llorando.) ¡Ay, tía de mi alma!

DOL. ¿Qué ocurre?

LUISA. ¡Ay, tía de mi vida!

DOL. ¡Acaba!

LUISA. ¡Era Jorge!

DOL. ¿Quién?

LUISA. El que... quería... sacarte... de apuros.

DOL. ¿Eh?

LUISA. ¿Has visto qué infamia?

DOL. ¿Estás loca? ¿Dices que fué Jorge?

LUISA. ¡Sí, tía! ¡El de los bombones!

DOL. ¡Imposible!

LUISA. Él mismo acaba de decírselo á Saturnina. La preguntó si abriste la caja, si se había enterado tu marido, si hubo riña, y de pronto echó á correr, exclamando: «¡Qué desgracia tan grande!»

DOL. ¿Luego entonces Agustín tenía razón? ¿No fué él?

LUISA. ¡Claro! ¡Como que fué el otro!

DOL. Parece increíble.

LUISA. ¡Ya te decía yo que ese hombre era muy fino!

DOL. Aquí existe un misterio que no hemos podido descifrar.

LUISA. No señor. Lo que existe es un pérfido, un calavera, un perjuro, á quien hay que castigar severamente.

DOL. ¡Calma! No te sofoques.

LUISA. Sí. ¡Calma, calma! Colócate en mi lugar.

DOL. Tus celos pueden ser infundados.

LUISA. ¿Infundados? ¡Si siempre me está diciendo que le gustan mucho las jamonas!

DOL. ¡Niña!

LUISA. ¡Esto es inícuo!

ESCENA XV

DICHAS y JORGE

JORGE. (No estaba en la peluquería.)

DOL. Aquí lo tienes.

JORGE. ¡Señoras!

LUISA. (Con malos modos.) Buenas tardes.

DOL. (Idem.) Buenas tardes.

JORGE. (Están furiosas. Todavía dura la borrasca) (Momentos de silencio.) ¡Pues sí! La verdad es que... Efectivamente. (No sé qué decir.)

LUISA. ¡Vamos! Continúe usted.

JORGE. ¿Que continúe?

LUISA. ¡Parece usted turbado, inquieto!

JORGE. ¿Yo? ¡Quiá! Muy al contrario. Ustedes son las que parecen algo excitadas.

DOL. Y tanto.

LUISA. No debemos negarlo.

JORGE. ¿Para qué? ¡Vaya una tontería! Entre nosotros... Ó hay franqueza ó no hay franqueza Ya supongo el motivo de...

LUISA. ¡Ah! ¿Usted lo supone?

JORGE. ¡Claro está! Todo esto es consecuencia de los bombones, ¿verdad?

LUISA. (Á Dolores.) Ya lo oyes.

DOL. ¿Luego es cierto? ¿Ha sido usted?

LUISA. ¡Nunca esperaba semejante villanía!

JORGE. No hay que apurarse. Eso no vale la pena.

DOL. ¡Qué insolencia!

JORGE. Calma, señora. Vamos á ver. Ante todo, ¿su marido de usted, qué ha dicho? (Esto es lo que quiero averiguar.)

DOL. Mi marido, caballero, creyó como nosotras, que el culpable era Agustín.

JORGE. ¿Agustín? (¿Quién será Agustín?)

DOL. Y hace un momento lo arrojó de esta casa.

JORGE. ¡Á Agustín!

DOL. ¡Figúrese usted con cuánta injusticia hemos obrado!

JORGE. ¡Mucha! ¡Sí señor! ¡Arrojar á Agustín!... ¡Qué escándalo! (Que me emplumen si entiendo jota.)

LUISA. Cuando aquí el que debe ser arrojado por el balcón es usted.

JORGE. ¿Yo? ¡Cascarillas!

LUISA. Su conducta ha sido indigna.

JORGE. ¡Eh! Poco á poco. ¡Á mí no me metan ustedes en líos!

DOL. ¿Entonces, como explica usted su regalo?

LUISA. ¿Por qué manda usted á una señora cinco mil pesetas... en billetes de Banco?

JORGE. ¿Yo? ¡Ah! ¿Creyeron ustedes que el regalo era mío?

DOL. Después de habérselo colgado á Agustín.

JORGE. (¿Pero por qué se lo colgarían á Agustín?)

LUISA. Usted mismo se lo dijo á la doncella.

JORGE. ¿Creyeron ustedes que yo regalaba á Dolores cinco mil pesetas?

DOL. ¡Eso es!

JORGE. ¿Pero hija, si no las he visto nunca ni pintadas?

LUISA. ¿Eh?

DOL. ¡Cuando dije que aquí había un misterio!

LUISA. ¿Será posible?

JORGE. No es nada. ¡Mil duritos! ¡Catorce golpes lo menos!

LUISA. ¿Qué dice usted?

JORGE. ¡Nada! Son reflexiones que hago al paso.

DOL. Pero en fin, ¿cómo se explica esto?

JORGE. Muy sencillo... ¡já, já! ¡Tiene gracia! (Se conoce que ignora la verdad.) Por manera que su marido de usted...

DOL. Sigue creyendo que fué Agustín el donante.

JORGE. ¿Y usted no sabe nada más?

DOL. Nada.

JORGE. (Entonces puedo mentir sin miedo) ¡Tiene gracia! ¡já, já! Lo más sencillo del mundo... Yo compré esta mañana en casa de Prast una caja de bombones para obsequiarla á usted, y con ella en la mano me dirigí á la calle de Sagasta, veinte, entresuelo, á visitar á... á un amigo... eso es... Un amigo, cuya hermana, precisamente también se llama Lola.

LUISA. ¿Lola?

JORGE. Sí... Lola Pacheco... Viuda... Vieja ella y fea... ¡En fin! ¡Viuda! ¡Figúrese usted!... Pues bien, yo dejé mi

caja sobre un velador en donde había otras iguales... Madrid está inundado este año de esas malditas cajas... Al marcharme, tomé una por otra... precisamente la que encerraba cinco mil pesetas, que á Lolita remitía no sé quién, y se la mandé á usted con un mozo de cuerda .. ¡Pero á poco se deshizo el error, y es claro! El hermano de Lola se apresuró á buscarme, yo vine aquí corriendo tras la famosa caja; la chica me dijo que su marido de usted debía tener el dinero, busqué á su marido, no le hallé, y ahora mismo regresaba para explicar á ustedes lo sucedido, á fin de evitarles la admiración que semejantes bombones debieron causar á usted, y... ¡caba!!... ¡Eso es! Ya está explicado.

DOL. ¡Gracias á Dios!

LUISA. ¡Ay, Jorge mío!

JORGE. ¡Lo más sencillo del mundo!

DOL. ¡Y el pobre don Agustín á quien hemos insultado!

LUISA. Es preciso darle una explicación.

ESCENA XVI

DICHOS y AGUSTÍN, por el foro.

AGUST. ¿Se puede?

DOL. ¡El cielo le envía! Pase usted, pase usted.

AGUST. Necesitaba hablar con Carlos y...

DOL. ¡Oh, amigo mío! ¿Qué habrá usted pensado de nosotros?

AGUST. ¿Eh?...

DOL. Ya sabemos que no fué usted el de la caja aquella.

AGUST. ¿Lo saben ustedes? ¡Cuánto me alegro!

DOL. Bien mirado, usted dió pábulo á mi creencia. ¿Por qué me dijo usted que era el de las cinco mil pesetas?

AGUST. Porque supuse que Carlos me las prestaba para plantear el invento que conocen ustedes.

DOL. ¡Ah! Todo me lo explico. ¡Y yo que le traté á usted con tanta dureza!

AGUST. ¡Al contrario, con mucha blandura!

DOL. Este caballero... Don Jorge Ramírez.

JORGE. Servidor.

AGUST. Muy señor mío.

DOL. Nos ha explicado el enigma. Supongo que me perdonará usted.

AGUST. Sí señora. Por perdonada. (Sin duda sabe ya que el culpable es su esposo.) Lo único que le acosejo á usted es que lo olvide todo. Carlos lo hizo sin intención. Créalo usted.

DOL. Naturalmente. Como que se figuraba que el dè las cinco mil pesetas era usted.

AGUST. ¡Qué atrocidad. (Y lo soy.)

ESCENA XVII

DICHOS y CARLOS, por el foro.

LUISA. Aquí está mi tío.

DOL. Ven acá, hombre, ven acá.

CARLOS. ¿Qué ocurre?

DOL. ¡Todo lo sé!

CARLOS. (¡Santo Cristo bendito!)

DOL. Al fin conozco la verdadera historia de ese dinero.

CARLOS. (¡María Santísima!) ¿La conoces?

DOL. ¡Todo!

AGUST. ¡Todo!

JORGE. ¡Todo!

CARLOS. Yo te juro, mujercita mía, que fué un error, un sencillo error.

DOL. Cabal. Ya lo explicó Jorge.

CARLOS. ¡Ah! ¿Fué Jorge quien lo explicó? (Voy á romperle un hueso.) (Acercándose á Jorgo)

JORGE. En efecto. (Aparte á Carlos.) Nada se sabe.

AGUST. (Idem.) ¡Se sabe todo! (Lo dice cantándolo bajito.)

CARLOS. ¿Eh?

DOL. Ya dí á don Agustín las explicaciones convenientes. Dáselas tú ahora.

JORGE. ¡Ande usted! Sin miedo.

DOL. ¡Sí, hombre! Una satisfacción. Bien la merece.

CARLOS. Corriente. (Estoy en Bavia.) Dispensa, chico, no tuve intención de ofenderte.

AGUST. (Dándole la mano.) Gracias... Pelillos á la mar y hasta otra.

CARLOS. (¿Hasta otra? ¿Si esperará otra como ésta de mil duros?)

DOL. Y ahora, sólo falta que entregues á Jorge el dinero para que lo restituya.

CARLOS. ¿Qué dinero?

DOL. El de la caja. Las cinco mil pesetas.

CARLOS. (¡Canastos!)

JORGE. Sí. sí. Debo llevárselas á su dueña.

LUISA. Como que fué Jorge quien tomó allí una caja por otra.

CARLOS. ¡Ah! ¿Fué Jorge quien?... (Hablan en chino.)

DOL. ¡Vamos, no seas pesado!

JORGE. ¡No sea usted pesado, hombre!

AGUST. ¡Hombre, no seas pesado!

CARLOS. Bien, bien. ¡Si no hay otro remedio! (Saca una cartera y de ella los billetes.) Tome usted. (Pues señor, cero y van diez.)

AGUST. ¡Magnífico! Y ahora dense ustedes un abrazo.

CARLOS. ¿Nosotros? (Abrazando á Jorge.)

AGUST. No; á tu mujer.

CARLOS. ¿Para qué?

AGUST. Porque quiero yo que se abracen ustedes. ¡Ande usted, señora!

CARLOS. (¡Vaya un capricho!)

DOL. ¡Con mucho gusto! (Se abrazan.)

AGUST. ¡Ajajá!... No se hable más de ello.

DOL. Supongo que comeremos todos juntos, ¿eh?

AGUST. ¡Ya lo creo!

DOL. Ven, Luisa. Hasta luégo.

LUISA. ¡Hasta después! (Aparte á Jorge.) No te vayas sin verme.

ESCENA XVIII

AGUSTÍN, JORGE y CARLOS

CARLOS. ¡Pronto! ¿Qué significa esto? (Hablando los tres muy bajo)

JORGE. ¿No lo ha comprendido usted?

AGUST. Pero hombre, ¿no lo has comprendido?

CARLOS. Confieso mi torpeza.

AGUST. ¡Que tu mujer lo sabe todo!

CARLOS. ¿Que lo sabe?

JORGE. ¡Al contrario! ¡Que no sabe nada!

CARLOS. ¿Que no la sabe? Pónganse ustedes de acuerdo siquiera.

AGUST. ¿Cómo que no?

JORGE. No señor. Gracias á mi invención continúa ignorando la verdad.

AGUST. ¡Ah! ¿La ignora? Pues por poco meto la patita.

CARLOS. ¿De modo que Dolores no averiguó nada? ¡Oh placer!. Pero diga usted. ¿Y usted, por dónde lo ha averiguado?

JORGE. Ya se lo explicaré á usted. Bástele saber que todo se arregló gracias á mi ingenio.

CARLOS. ¡Oh! Usted vale mucho. Sabe usted más que Merlín.

JORGE. Los hombres debemos protegernos.

CARLOS. En contra de las mujeres.

JORGE. Y los sobrinos deben velar por los tíos.

CARLOS. Exacto.

AGUST. Eso es muy noble.

CARLOS. ¡Nobilísimo!... ¡Vaya! Pues deme usted...

JORGE. ¿Un abrazo? Con mucho gusto.

CARLOS. No .. El dinerito ese.

JORGE. ¿Qué dinerito?

CARLOS. El que acabo de dar á usted.

AGUST. Dice bien. Déselo usted.

JORGE. ¡Imposible! Esta suma no me pertenece.

CARLOS. ¡Claro! ¡Como que es mía!

JORGE. Debo entregarla á la persona en cuestión, y ella dispondrá lo que guste.

CARLOS. Oiga usted...

JORGE Me dijo que quería entregarla en propia mano. Dispense usted. La amistad es una cosa y el dinero es otra.

CARLOS. ¡Oiga usted!

AGUST. ¡Oiga usted! ¡[redacted]!

JORGE. Es inútil. No se cansen ustedes. (Vase por la segunda de la izquierda.)

AGUST. ¡Qué abuso, hombre! ¡Qué abuso!

CARLOS. ¡Incalificable!

AGUST. ¡Eso no tiene ejemplo!

CARLOS. ¿Cómo que no? ¡El tuyo!

AGUST. Yo soy más leal y más franco. Precisamente me ves en tu casa donde he vuelto con ese objeto...

CARLOS. ¡Ah! No esperaba menos de tí.

AGUST. Toma... (Le da un papel)

CARLOS. ¿Qué es esto?

AGUST. Dos acciones para mi gran invento. Te las regalo. Acabo de emitir quinientas y de emplear las cinco mil pesetas en tinas y en grifos.

CARLOS, ¡Dios mío de mi alma!

AGUST. ¡Vamos á ganar un doscientos por ciento!

CARLOS. ¡Márchate, Agustín!

AGUST. ¡Ya verás qué baños!... Agua fría... Música de Chueca... Agua caliente... Chapí... En medio de todo soy leal... Volveré á comer... ¡Has hecho un negocio loco. (Vase por el foro.)

ESCENA XIX

CARLOS; luégo DOLORES

CARLOS. ¡Bien empleado... sí señor!... ¡Bien empleado me está por calavera, por seductor, por don Juan Tenorio...

DOL. ¿Qué dices?

CARLOS. Nada. No decía nada.

DOL. ¿Sabes que la conducta de Jorge me parece sospechosa?

CARLOS. ¿La conducta?

DOL. Visitar viudas á quienes les regalan billetes de mil pesetas... ¡Buena viuda será ella!

CARLOS. No es maleja.

DOL. ¿Cómo?

CARLOS. ¡Que buena estará! ¡Sí señor!

DOL. Será preciso que le riñas.

CARLOS. ¿A la viuda?

DOL. ¡No. Á Jorge!

CARLOS. Déjamelo á mí. Lo voy á poner verde.

DOL. ¡Eso!

CARLOS. ¡Que lo pongo verde! ¿Habráse visto el muñeco!... ¡Visitar viudas de cinco pesetas!.. ¡digo, de cinco mil! (Qué escándalo! (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA XX

DOLORES y SATURNINA, por el foro.

SAT. Señorita, ahí está la cocinera.

DOL. ¿Otra vez?

SAT. Como la dijo usted que necesitaba saber las casas en donde había servido, acaba de traer esta apuntación con las señas de la última.

DOL. Bueno. Dame acá. (Saturnina entrega un papel á Dolores.)

SAT. ¿Tomarán luégo los señoritos, como siempre, el café sobre el velador?

DOL. Sin duda.

SAT. Entonces, me llevaré todo esto.

DOL. Sí. Coloca las flores en aquellos jarroñes, (Los de la chimenea,) y llévate las cajas.

SAT. En seguida. (Coge las cajas y las flores. Deja aquéllas sobre la chimenea, y coloca éstas en los jarrones.)

DOL. (Leyendo el papel.) Veamos... «Calle de Sagasta, veinte.

entresuelo. Señorita Lola Pacheco»... ¡La viuda! ¡Qué casualidad!

SAT. ¿La conoce usted?

DOL. ¿Yo? No tal. Pero basta que haya servido en esta casa para que no la admita.

SAT. (Terminó de colocar los ramos. Coge las cajas, y entre ellas la que dejó escenas antes sobre la chimenea. Al cogerla cae al suelo y se desprende una tarjeta.) ¡Calle!...

DOL. ¿Qué?

SAT. Mire usted. En la caja de los bombones había quedado otra tarjeta. Acaba de caer desde el fondo.

DOL. Dame (Le da la tarjeta.) «Cárlos Carrascosa»... ¡Mi marido!... (Volviendo la tarjeta.) ¡Qué veo! ¡Una dedicatoria en verso!

SAT. ¿Hace versos el señorito?

DOL. (Leyendo.) «A la encantadora Lolita.»

SAT. ¡Ave María purísima!

DOL.
«Son esos cinco bombones
símbolo de mi pasión:
si ablandan tu corazón,
colmarás mis ilusiones.
Al valerme de estas tretas
gusto doy á mis antojos;
uno sólo de tus ojos
vale las cinco mil pesetas.» ¡Ah infame!

SAT. (¡~~Buena la~~ hicimos!)

DOL. ¡Era él! Era él el de los bombones! ¡Me han engañado! ¡Se han burlado de mí!

SAT. ¡Señorita!

DOL. ¡Silencio! Estoy segura. ¡Ahora recuerdo su turbación! ¡El mónstruo!...

SAT. Puede usted equivocarse

DOL. ¿Y estos versos? ¿No denuncian su crímen de un modo patente?

SAT. Las apariencias engañan. Y hasta no hallarse completamente segura...

DOL. (¿Segura? ¿De qué modo?)

SAT. Calma, señorita.

DOL. (¡Oh qué idea! Esa mujer no me conoce. Preguntando con maña me será facilísimo... Sí, sí.) ¡Pronto! ¡Un sombrero!

SAT. Dice usted...

DOL. ¡Que me traigas un sombrero!

SAT. Volando. (Vase por la primera de la derecha.)

DOL. Eso es. Voy á pedir informes de la cocinera. El motivo no puede ser más justificado. ¡Ah, señor marido, ya le dije á usted que no soy de las que lloran en un rincón.

SAT. (Saliendo con el sombrero.) Aquí está el sombrero.

DOL. ¡Dame! Y cuidado con decir á nadie una palabra Si preguntan por mí, tú no sabes nada; tú no has oido nada.

SAT. (¡Dios mio! ¿Si se marchará de casa?) ¡No se vaya usted, señorita! ¡No sea usted así!

DOL. Es inútil. Tengo tomada mi resolución. Tú no has oído nada.

SAT. Sí señora. ¡Ni sé nada. ¡Pero...!

DOL. Adiós... (Vase por el foro.)

ESCENA XXI

SATURNINA y luégo LUISA

SAT. (Llorando.) ¡Y todo por mi culpa!

LUISA. ¿Qué tienes, muchacha? ¿Por qué lloras?

SAT. ¡Ay, señorita de mi alma, y qué desgracia!

LUISA. ¿Una desgracia?

SAT. ¡Su tío de usted era el de los bombones!

LUISA. ¿Mi tío?... ¡Pero, señor, si acabarémos de saber la verdad!

SAT. (Llorando siempre.) Y su tía leyó los versos y se ha marchado de casa.

LUISA. ¿Qué dices? ¡No te entiendo!

SAT. Que su tío de usted engaña á su tía de usted, y que su tía de usted ha sabido lo de su tío de usted, y por eso se ha marchado su tía de usted.

LUISA. ¿Que mi tío engaña á mi tía?

SAT. Sí señora; pero no se lo diga usted á nadie, porque ~~no quiero que se sepa~~. reservado. esto es mu

LUISA. ¡Jesús! (Llamando.) ¡Jorge! ¡Jorge!

ESCENA XXII

DICHAS y JORGE, por la segunda de la izquierda.

JORGE. ¿Qué pasa?

LUISA. ¡Ay, qué desgracia tan grande! ¡Si tú supieras!

JORGE. ¿Qué ocurre?

LUISA. Una desgracia.

JORGE. Ya lo entendí, mujer, pero explícate.

LUISA. ¡Que mi tío engaña á mi tía!

SAT. Y al saber su tía lo de su tío...

LUISA. ¡Se ha marchado mi tía!

JORGE. ¡Pues vaya un lío!

LUISA. Pero no se lo digas á nadie, porque ~~me ha encargado el secreto.~~ reservado esto es mu

JORGE. ¿Por manera que se ha descubierto el pastel?

LUISA. ¡Ah! ¿Conque habia un pastel oculto?

JORGE. ¡Uf! ¡Un pastel enorme!

ESCENA XXIII

DICHOS y AGUSTÍN, por el foro.

AGUST. ¿Se come ó no se come?

LUISA. ¡Para pensar en eso estamos!

JORGE. ¡Si usted supiera!

AGUST. ¿Qué sucede?

JORGE. ¡Ahí es nada! ¡Que su tía se enteró al fin de lo de su tío!

LUISA. Y al saber mi tía lo de mi tío...

SAT. ¡Se ha marchado su tía!

JORGE. Pero no se lo diga usted á nadie, porque esto es muy reservado.

AGUST. ¡Qué he de decir! ¡Pues no faltaba más!

ESCENA XXIV

DICHOS y CARLOS, por la primera de la izquierda.

CARLOS. ¿Por qué gritan ustedes? ¿Ocurre algo?

LUISA. ¡Tío de mi alma!

SAT. ¡Ay, señorito!

JORGE. ¡Queridísimo tío futuro!

AGUST. ¡Amigo de mi corazón!

CARLOS. Señores... No me asusten ustedes. ¿Qué ha pasado?

AGUST. Que su tía supo lo de su tío y le dijo: pásame el río... ¡Digo no! Que tu mujer se enteró de todo y acaba de tomar la puerta con ánimo de no parecer más.

CARLOS. ¡Gran Dios!

LUISA. ¿Por qué se lo ha dicho usted?

AGUST. Es verdad... No te des por entendido. No se lo digas á nadie. porque esto es muy reserva

CARLOS. ¿Es posible?... ¿Mi mujer sabe? ..

TODOS. ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo!

CARLOS. (Cayendo medio desmayado.) ¡¡Ah!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Sólo ha desaparecido la mesa colocada en el centro de la escena

ESCENA PRIMERA

LOLA y RAMONA

LOLA. ¿Han llamado?

RAM. No llama nadie, señorita.

LOLA. Y hace más de una hora que se marchó Agustín. ¡Cuanto tarda ese hombre!

RAM. Como su impaciencia de usted es tan grande, los minutos se la figuran siglos.

LOLA. La cuestión es muy grave. ¡Si no devuelvo el dinero, podrían suponer que todo esto ha sido una farsa, un enredo inventado por mí!

RAM. No se apure usted, que aquí estoy yo para decir la verdad, y además don Agustín y el señorito Jorge testificarían que se llevaron las cajas.

LOLA. Eso es lo único que me tranquiliza. Ellos pueden probarlo.

RAM. Si tenemos la fortuna de que la suma no haya ido á parar á casa de don Carlos...

LOLA. Y su mujer que es tan celosa según dicen todos.

RAM. ¡Ande usted! Que bien empleado le estará á ese viejo verde el llevar una leccioncita.

LOLA. Sí, pero mi reputación se pondrá en tela de juicio, y mi nombre andará en lenguas.

RAM. Ya la he dicho á usted, que mientras tenga la conciencia tranquila... Lo principal, señorita, es la conciencia. ¡A mí que no me digan!

LOLA. ¡Calla!... ¡Siento ruído!

RAM. ¿A ver?... (Va al foro.) ¡Sí! Es un muchacho de esos que andan por las calles vestidos de colorado. Por aquí... Pase usted.

ESCENA II

DICHAS y un PETIT ROUGE DEL CONTINENTAL

PETIT. (Saliendo á escape con una carta.) ¿La señorita Lola?

LOLA. Déme usted.

PETIT. (Da la carta y echa á correr.) Abur. (Vase por el foro.)

RAM. Parece un ferrocarril.

LOLA. (Abre la carta y ve la firma.) Carta de Agustín.

RAM. ¡Lea usted! ¡Lea usted!

LOLA. (Leyendo.) «Hallado en la calle mono sabio. Aprovecho ocasión para enviar telegrama. Cajas recuperadas.»

RAM. ¡Oh dicha!

LOLA. «Dinero, *volaverunt*.»

RAM. ¡Dios mío!

LOLA. «Ni un cuarto en ninguna. Yo reventado.—Agustín.»

RAM. ¡Anda, anda!

LOLA. No hay duda. La caja maldita fué á parar en casa de don Carlos. ¿Qué habrá dicho su mujer al leer aquellos versos?

RAM. ¡Calcule usted! Se habrá quedado estupefacta.

LOLA. Si Jorge no llegó á tiempo para evitar la catástrofe, todo se ha perdido.

RAM. Todo no, porque el dinero se habrá encontrado.

LOLA. Esto me servirá de lección para no volver á recibir á nadie; para despedir á todos mis amigos.

RAM. ¡Justo! ¡Y va usted á vivir como una monja!

LOLA. A lo menos viviré tranquila.

RAM. Yo en su lugar de usted, trataría de volverme á casar. Con eso se arreglaba todo.

LOLA. ¡Pero hija, si estoy tratando de ello hace qué sé yo el tiempo!

RAM. ¡Pobre don Agustín! ¡Cuidado que os servicial!

LOLA. Eso sí. Se desvive por complacerme.

RAM Porque la quiere á usted mucho.

LOLA. ¡Oh! ¡Estoy segura!

RAM. Pues mire usted, entre el cláustro ó un marido, yo preferiría á don Agustín.

LOLA. ¿De veras?

RAM. Y tan de veras.

LOLA. ¡Con tal de salir de mi crítica situación!

RAM. Créalo usted, señorita.

LOLA. Es cosa de pensarlo.

RAM. No. Cosa de hacerlo.

LOLA. Bien, bien. Allá verémos. Si viene Jorge, avísame en seguida. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA III

RAMONA y luégo JORGE

RAM. Me parece que al fin tendremos boda. Cuando un hombre quiere casarse en estos tiempos, no tiene más que decírselo á una mujer. Ella empieza por asustarse, luégo lo piensa, y después ya no tiene remedio. (Jorge salió por el foro á la mitad del monólogo, y muy despacio y muy triste, con el sombrero echado á los ojos y las ma-

nos en los bolsillos, viene á colocarse cerca de Ramona, quedando inmóvil.) Creo por consiguiente que mi señorita... (Ve de pronto á Jorge y da un grito asustada.) ¡Ay! ¡Calla! ¿Es usted? ¡Vaya un susto que he llevado! Mi señora le aguardaba impaciente. ¿Qué hay? ¿Descubrieron la caja? ¿Pudo usted evitarlo? ¿Se enteró al fin su esposa? ¿Trae usted buenas noticias?

JORGE. ¿Por qué no preguntas algo, hija mía?

RAM. Voy á llamar á mi señorita.

JORGE. Aguarda... No la llames. (No sé cómo decirla...)

RAM. Está rabiando por saber lo ocurrido.

JORGE. Por saber... (¡Dios mío! ¡Cómo le digo yo lo ocurrido!)

RAM. Naturalmente... ¡El asunto le preocupa de un modo! Yo creo que le cuesta una enfermedad. ¡Es tan nerviosa! Y diga usted... ¿Usted llevó la caja?

JORGE. Sí.

RAM. ¿Y descubrieron los billetes?

JORGE. No.

RAM ¡Oh fortuna!

JORGE. Digo, sí.

RAM. ¿Pero se enteró su esposa?

JORGE. Sí. Digo, no. En fin ¿qué sé yo?

RAM. ¡Vaya, vaya! Yo llamo á mi señora. (Llamando.) ¡Señorita! Aquí está el señorito Jorge.

ESCENA IV

DICHOS y LOLA

LOLA. ¡Gracias á Dios! ¡Oh amigo mío! ¡Si supiera usted lo que me ha hecho sufrir su tardanza! ¡Pronto! Hable usted.

JORGE. Pues verá usted. Yo... La... ¡Pero qué calor hace hoy! ¡Parece mentira que en viernes de Dolores!. .

LOLA. En efecto; nadie lo diría.

JORGE. Nadie, señora.

LOLA. Cuente usted... Cnente usted.

JORGE. Pues verá usted. Cuando fuí hace dos horas á la... Por supuesto que yo he conocido meses de Marzo mucho peores.

LOLA. ¡Querido Jorge!

JORGE. Uno de ellos, en la ruleta...

LOLA. ¿Eh?

JORGE. ¡Ah, si! Es verdad, dispense usted.

LOLA. ¿Acaba usted ó no acaba?

RAM. (Parece alelado.)

JORGE. (No hay remedio. Allá va y salga lo que salga.) Pues bien, señora... La cosa es algo grave.

LOLA. ¡Gran Dios!

JORGE. No se asuste usted todavía... que tiempo le queda. Efectivamente. Allí fué á parar la dichosa cajita... Yo mismo la remití con mi tarjeta.

LOLA. Siga usted.

RAM. Siga usted... Siga usted.

JORGE. Al pronto nadie descubrió nada.

LOLA. ¡Es claro!

RAM. Naturalmente. ¡Hasta que la abrieran!

JORGE. ¡Eso es! Nadie descubrió nada, hasta que la abrieron. Pero cuando la abrieron...

RAM. ¡Lo descubrieron todo!

JORGE. Cabal. (¡Qué penetración tiene esta chica!) Descubrieron los billetes. Creo que fué la criada.

RAM. ¿Y qué hizo?

JORGE. Se los dió á su señora.

RAM. ¡Habrá torpe! Esas cosas se guardan.

JORGE. ¡Figúrese usted la sorpresa y la agitación que esto produjo!

LOLA. ¡Un verdadero escándalo!

JORGE. No señora. Al principio no le hubo. Yo lo arreglé todo. Inventé una historia ingeniosa, y como hasta entonces no se habian encontrado los versos de mi futuro tío, su mujer creyó sencillamente que yo tomé aquí una

caja por otra, y sólo exigió que don Carlos me entregase la suma en cuestión para que en el acto se la devolviese á su dueña.

LOLA. ¿Y usted tomó el dinero?

JORGE. Con esta mano, sí, señora; pero ¡ah, dolor! Yo no sé por dónde se enteraron luégo de todo. Sin duda aquellos versos. El hecho es que su mujer abandonó la casa; que mi futuro tío cayó desmayado; ¡que mi novia gritaba!... ¡En fin, un desastre! ¡Un completo desastre!

LOLA ¿Qué le dije yo á usted? ¡Y todo por mi causa!

RAM. No tal. ¡Usted es inocente!

LOLA. No lo creerán, Ramona. ¡Hay muchos maliciosos!

JORGE. Cálmese usted. ¡Yo confundiré á los maliciosos!

LOLA. ¿Y qué más?

RAM Ya no habrá más, señorita.

JORGE. Sí. ¡Hay más!

LOLA. ¿Más todavía?

JORGE Es decir; hablando con propiedad, hay menos.

LOLA. Explíquese usted.

JORGE. Mi primer impulso fué correr aquí con el dinero; pero el segundo me hizo variar de rumbo. Yo suelo seguir el segundo impulso. Pero en fin, le aseguro á usted, que la culpa no es mía. ¡La culpa la tiene el gobernador!

LOLA. ¿El gobernador? ¡Dios mío! ¿Se ha mezclado el gobernador en el asunto?

JORGE. No. ¡Qué desatino! Digo, que á lo mejor tropieza usted con un treinta y cuarenta. ¡Verdad es que si el gobernador no lo sabe!... Pero debía saberlo. ¡Un gobernador debe saberlo todo! ¡Para eso es gobernador!

LOLA. ¡En fin!...

JORGE. Yo juego siempre al encarnado: me atrae el encarnado. ¡Y es claro, salió el negro!

LOLA. ¿Ha jugado usted?

RAM. ¿Cuándo se le va á quitar á usted ese vicio?

JORGE. Ahora. Estos mil duros me han curado.

LOLA. ¿Perdió usted los mil duros?

JORGE. En quince minutos.

RAM. ¿Tan pronto?

JORGE. Es un gusto la prontitud con que se pierde.

LOLA. ¿Y lo sabe don Carlos?

JORGE. No, señora. ¡Qué ha de saber!

LOLA. Luego entonces supondrá que usted me ha devuelto la suma.

JORGE. Es claro.

LOLA. ¡Pero hombre de Dios! ¿Qué va á pensar de mí?

JORGE. ¡Eso digo yo! ¡Qué va á pensar de usted!

LOLA. ¡Otro contratiempo!

JORGE. Antes me descuartizan que decir nada ¡Figúrese usted! Ellos ignoran mi afición. Serían capaces de negarme la mano de su sobrina.

LOLA. ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

JORGE. Usted, nada. Pero yo tengo que ver mucho.

LOLA. Es preciso, ¿comprende usted? preciso que don Carlos lo sepa todo. Si usted no se atreve á decírselo, se lo diré yo.

JORGE. Eso es más conveniente. Yo no me atrevo. Usted, que es tan buena, intercederá por mí. Usted sabrá ablandar su corazón. En dos minutos le busco y le traigo. ¡Crea usted que estos mil duros me han curado! Lo dije al salir con las manos en los bolsillos. ¡Jamás, jamás, jamás! No vuelvo. No vuelvo á jugar... al encarnado. (Vase.)

ESCENA V

LOLA, RAMONA y luégo AGUSTÍN

LOLA. Tantas emociones acabarán por ponerme enferma.

RAM. ¡Vamos! Todo se arreglará. No hay que apurarse de ese modo.

AGUST. (Saliendo por el foro.) ¿Pero está usted apurada, hermosísima Lola?

LOLA. ¡Ah! ¿Es usted?

RAM. (Aparte á Agustín.) Es preciso consolarla. No se achique usted. (Vase por la segunda de la izquierda.)

AGUST. ¡Qué me he de achicar! ¡Pues bonito soy yo!

ESCENA VI

LOLA y AGUSTÍN

AGUST. Acabo de tropezar en la escalera con Jorge, pero nada me ha dicho, porque iba corriendo como un galgo. ¿Qué ocurre? No olvide usted que siempre soy el mismo Un hombre que por usted lo daria todo.

LOLA. Gracias, Agustin.

AGUST. ¿Recibió usted mi telegrama?

LOLA. Sí señor, y Jorge acaba de referirme lo sucedido.

AGUST. ¿Sabe usted que la esposa de Carlos acaba de marcharse furiosa?

LOLA. Lo sé todo, todo.

AGUST. ¿Pero cómo demonios se atrevió usted á mandar la cajita en casa de mi amigo?

LOLA. ¡Yo!.. No, señor... Yo no la mandé. La llevó Jorge.

AGUST. ¡Ah! ¿Fué Jorge?

LOLA. Caba! A Jorge se la dió Ramona.

AGUST. Entonces fué Ramona quien ..

LOLA. ¡Justo! Porque á Ramona se la di yo.

AGUST. ¡Todo se explica! Jorge, y Ramona y usted... ¡Eso es! (No entiendo palabra.)

LOLA. ¡Ay, Agustín, no me lo perdonaré nunca!

AGUST. ¿El qué?

LOLA. Haber causado la desgracia de una familia.

AGUST. ¿Usted? ¡Qué disparate! ¡Usted es un ángel! ¡Usted desprecia el fausto y las riquezas! Usted acaba de dar una prueba de honradéz inconcusa, señora Por supuesto, que bien se lo indiqué. No seas malicioso. Esa viuda es una viuda como no hay otra viuda. (Enter-

neciéndose poco á poco.) ¡Él dudaba! ¡Yo no dudaba! Sentía dentro de mi corazón una voz, diciéndome: ¡Amala, Agustín! ¡Ámala! ¡Es buena, es guapa!—¡Ya lo creo que es guapa!—Ámala, Agustín. Ella no te querrá, no aceptará tu mano, porque tú eres muy poco para ella, y es acreedora ella á un marido digno de ella, ¡pero no importa! Ámala siempre, y... ¡adelante con los faroles! (Termina casi llorando.)

LOLA. ¡Oh! Yo no sé cómo agradecer á usted...

AGUST. Estará muy mal expresado, pero sale del corazón.

LOLA. ¡Sí, sí! Usted es un hombre...

AGUST. ¡Lo soy! ¡Créalo usted, señora!

LOLA. Noble, digno y leal.

AGUST. ¿Leal? ¡Ratonero!

LOLA. Y tanta constancia merece un premio.

AGUST. ¿Qué oigo? ¿Se apiada usted de mí? (Muy contento.)

LOLA. ¿Quién sabe? Ya hablarémos de eso. Lo importante ahora es que vea usted á la esposa de Carlos, que le haga usted comprender la verdad; que vuelva al seno de su familia, puesto que no existe razón alguna para justificar su conducta. En fin, que me deje usted colocada en el lugar que sabe usted me corresponde.

AGUST. Basta, basta. ¡Ah, Lola!

LOLA. Vaya usted.

AGUST. En seguida. Hablaré con su esposa, y, ó vuelve al seno, ó hago una barbaridad.

LOLA. ¡Agustín!

AGUST. ¡Que vuelve al seno, no le quepa á usted duda. Y en cuanto á mí... Crea usted que... No sé lo que me pasa. Quisiera decir mucho, y no consigo decir nada: ¡Adiós! Tengo aquí (En la garganta) plétora de palabras, pero no salen. ¡Adiós, divina! (La tira un beso y se marcha corriendo.)

ESCENA VII

LOLA

¡Cuán bueno es! Estoy segura que lo arreglará todo. (Se sienta.) El corazón humano es bien extraño. Hasta hoy siempre miré á ese hombre con indiferencia, y ahora casi le amo. ¿Me casaré con él? ¡Qué remedio! A fuerza de esperar otro, me expongo á aguardar hasta el día del juicio.

ESCENA VIII

DICHA y CARLOS

CARLOS. (Con el cuello del gabán levantado y encajado el sombrero.) Nadie me ha visto entrar. ~~Lo hice como una bomba.~~

LOLA. (Levantándose.) ¿Quién es?

CARLOS ¡Soy yo, señora! Yo, que vengo á pedir á usted explicaciones de su infame conducta.

LOLA. ¿Qué oigo?

CARLOS. Lo que acaba usted de hacer conmigo, no se hace ni con un negro de Angola.

LOLA. ¿Cómo?

CARLOS. Ya que cometió usted la imprudencia de mandarme la caja, debió usted por lo menos retirar mis versos y no exponerme á recibir el chaparrón que me ha caído encima.

LOLA. ¡Caballero!

CARLOS. Repito que eso no se hace con nadie, y que semejante acción prueba muy bien...

LOLA. Poco á poco. Está usted equivocado. Yo no he mandado nada, ¿oye usted? ¡Nada absolutamente!

CARLOS. ¡Qué gracia! ¿Entonces la cajita fué por el aire?

LOLA. No señor. Fué Jorge quien la llevó á su casa de usted, sin saber lo que contenía.

CARLOS. ¿Sí?

LOLA. Por un cúmulo de circunstancias imprevistas.

CARLOS. Luego entonces... ¡Ah señora! Dispénseme usted. Yo venía dispuesto, francamente, á mover un escándalo, pero ahora...

LOLA. Crea usted que deploro lo sucedido.

CARLOS. ¿Lo sabe usted?

LOLA. Sé que su esposa de usted le juzga culpable.

CARLOS. Y que se ha marchado del domicilio conyugal. Sí señora. Me he quedado solo, y sentiré muchísimo tropezar con mi mujer.

LOLA. ¿Por qué razón?

CARLOS. Porque me saca los ojos en el acto. La conozco.

LOLA. ¡Bah!

CARLOS. Es muy celosa y me lo tiene prometido.

LOLA. Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

CARLOS. Huir de ella todo lo posible. Y á propósito: usted es libre, yo soy libre. Lo que ayer parecía sueño, puede hoy convertirse en realidad.

LOLA. ¡No entiendo!...

CARLOS. Ayer me gustaba usted mucho; hoy me gusta usted mucho más. Abandonemos Madrid. Marchémonos lejos. A Francia. No. Más lejos. A la India; allí no nos conoce nadie.

LOLA. Pero hombre, parece mentira que después de lo ocurrido piense usted todavía en hacerme la corte. ¡Cuando debía usted estar desesperado!

CARLOS. ¡Pues por eso se la hago! ¡Por desesperación!

LOLA. ¡Basta de bromas! Suplico á usted que no insista. Entre nosotros nada puede existir, y si ahora mismo pudiera devolver á usted su dinero, lo haría, suplicándole que me dejase en paz.

CARLOS. ¿Mi dinero? ¡Ah, sí! Los mil duros. ¿No los tiene usted?

LOLA. No señor.

CARLOS. ¿Cómo que no? Jorge debe habérselos entregado.

LOLA. Precisamente deseaba verle á usted para hablarle de eso. Ante todo, prométame usted que ha de perdonarle.

CARLOS. ¿A quién?

LOLA. A Jorge. ¿No es el futuro de su sobrina?

CARLOS. En efecto.

LOLA. Pues bien: su última calaverada le curó por completo.

CARLOS. Su última ..

LOLA ¿Le perdonará usted?

CARLOS. Basta que usted se empeñe.

LOLA. Pues sepa usted que Jorge jugó los mil duros, y los ha perdido.

CARLOS. ¡Caracolillos!

LOLA. Fué cuestión de quince minutos.

CARLOS. ¿Jorge? ¿Jugar ese muchacho?... ¡Cuando es el colmo de la honradéz! ¡Imposible!

LOLA. ¡Esta es otra! ¿No lo cree usted?

CARLOS. ¡Qué he de creer, señora! Jorge no ha jugado nunca. Ese es otro lío, y ya me voy cargando.

LOLA. ¿Qué escucho? ¡Me supone usted capáz de engañarle! ¡Si ya me lo presumía! ¡Ay! ¡Me siento mala!

CARLOS. ¡Señora!

LOLA. ¡Creer que esto es una añagaza para quedarme con el dinero!

CARLOS. ¡Yo no he dicho!...

LOLA. ¡Ay! ¡Este golpe fué muy rudo! (Cae medio desvanecida en el sofá.)

CARLOS. ¡Lolita, por las Once mil vírgenes! ¡Vuelva usted en sí! (Se pone el sombrero, que conservó en la mano, para sostener á Lola.) ¡Pues no vuelve!... ¡A ver, chica! ¡Ramona!

ESCENA IX

DICHOS y RAMONA

RAM. ¿Qué pasa? (Viendo á Lola.) ¡Cielos! La dió lo de siempre.

CARLOS. ¡Ah! ¿Le da siempre esto?

RAM. Sí señor. Siempre que tiene un disgusto gordo. Son los nervios.

CARLOS. ¿Hay tila en casa?

RAM. ¡Ya lo creo!

CARLOS. ¿Y éter? El éter es muy bueno.

RAM. Hágame usted el favor de preguntarle al chico. Vaya usted por allí á la cocina. Yo voy á desabrocharla el corsé.

CARLOS. No. Ve tú á la cocina. Yo haré lo demás.

RAM. ¡Señorito!

CARLOS. Es verdad. Aguarda. ¡Qué fatalidad! (Vase por la segunda de la izquiarda.)

ESCENA X

LOLA y RAMONA

RAM. ¡Señorita, soy yo! ¡Animo!

LOLA. (Suspirando.) ¡Ah!

RAM. ¿Se siente usted mejor?

LOLA. Sí. Fué un vahído.

RAM. Voy por agua. Espere usted. (Vase por el foro.)

LOLA. ¿Y ese hombre? ¿Se habrá marchado? Más vale así.

RAM. (Saliendo.) Señorita.

LOLA. ¿Qué quieres?

RAM. Una señora ~~muy guapa y muy elegante~~ pregunta por usted.

LOLA. ¿Una señora? ¿La conoces?

RAM. Nunca la he visto. Dice que viene á pedir informes de la cocinera, y que se alegraría mucho hablar con usted.

LOLA. ¿Por qué no le has dicho que no estaba en casa?

RAM. Porque la portera le indicó lo contrario, según me ha insinuado.

LOLA. ¡Ya no hay remedio! Dila que pase. Y baja á decir á la portera, que no vuelva á asegurar á nadie si estoy ó no estoy en mi casa.

RAM. En seguida. Pase usted, señora. (Acercándose al foro.)

ESCENA XI

LOLA y DOLORES

Ramona se marcha por el foro.

DOL. Con permiso.

LOLA. Beso á usted la mano.

DOL. Gracias. (¡Dios mío, qué guapa es!) Dispense usted que me siente. Hace una hora que estoy dando vueltas. Había olvidado el número de la casa... (Se sientan.)

LOLA. Según me ha dicho la chica, viene usted á pedir informes de la cocinera, á quien hoy mismo he despedido.

DOL. Cabal. Sí señora. De la cocinera.

LOLA. Como está tan malo el servicio, todas las precauciones son pocas.

DOL. Crea usted, que por más precauciones que una toma, se la pegan á lo mejor.

LOLA. ¡Dígamelo usted á mí!

DOL. Pues á usted se lo digo.

LOLA. Naturalmente. Por eso repito á usted que hay que andar con mucho pulso. ¡Cómo están los criados!

DOL. ¡Eh! ¡Pues y los amos!

LOLA. ¿Eh?

DOL. Quiero decir, que también los hay pervesos. A veces cree uno hablar con personas de alta calidad, y luégo resulta que son cualquier cosa.

LOLA. Efectivamente.

DOL. Yo tengo el defecto de ser muy maliciosa.

LOLA. ¿Sí?

DOL. ¡Mucho! No puedo remediarlo. En fin, voy á ser franca. ¿Creerá usted que he dudado antes de venir aquí?

LOLA. ¿Por qué razón?

DOL. Porque como yo no sabía... Como no la conozco á usted ni podía adivinar...

LOLA. Comprendo.

DOL. ¡Y hay quien da cada petardo!... Yo soy muy severa para ciertas cosas.

LOLA. ¡Y yo también!

DOL. ¿También usted, señora?

LOLA. ¡Severísima! Pero hablemos de lo importante.

DOL. Sí, sí. Hablemos, hablemos.

ESCENA XII

DICHAS y CARLOS, por la segunda de la izquierda. Sin sombrero y con una taza de tila.

CARLOS. ¡Aquí está la tila, vida mía!

DOL. (Levantándose.) (¡Ah!)

CARLOS. (Viéndola y quedando inmóvil.) ¡Mi mujer!

LOLA. (Levantándose.) ¡Maldita ocurrencia! (Sonriendo.) Ya no hace falta.

DOL. Este caballero...

LOLA. (¿Qué va á pensar de mí?) Pues... (Presentándole.) ¡Mi marido!...

CARLOS. (¡Qué barbaridad!) (Deja caer al suelo la taza.)

DOL. Su... (¡El cielo me contenga!)

LOLA. (De este modo no pensará mal.) (Muy satisfecha.)

DOL. ¿Conque... su marido?

CARLOS. (De aquí salgo en especie.)

DOL. Que sea enhorabuena. Le felicito á usted por la elección.

CARLOS. No hay de qué... ¡Digo! (Sudo tinta.)

DOL. Supongo que sabrá hacerla á usted dichosa.

LOLA. ¡No tiene usted idea!

DOL. ¿Y hace mucho tiempo que se casaron?

LOLA. Tres meses.

CARLOS. (¡Así! ¡En redondo!)

DOL. ¡Entonces esta es la luna de miel!

CARLOS. (¿La luna? ¡Un cometa!)

DOL. Pues ya que ha sido usted tan amable presentándome á su esposo, permítame usted que á mi vez le presente al mío.

LOLA. ¿Usted?

DOL. (Cogiendo á Carlos de la mano) Don Carlos Carrascosa, mi marido.

CARLOS. Servidor de usted.

LOLA. ¡Gran Dios! ¿Es usted? (A Carlos.) ¿Es esta señora...?

CARLOS. Sí. La que va á escabecharme.

LOLA. (¡Buena la hicimos!) ¡Ah, señora! Crea usted que la fatalidad se empeña en perseguirme. No me juzgue usted mal. Este caballero se lo explicará todo. Yo apenas puedo sostenerme y... adiós, señora. Que usted lo pase bien. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XIII

DOLORES y CARLOS

DOL. (¡Y este es el mónstruo por quien yo me sacrificaba! (Va á arañarlo) ¿Qué voy á hacer? Contengámonos aquí.)

CARLOS. (¿Por qué habrá venido á esta casa?) ¡Pues sí! ¡Voy á explicártelo todo!

DOL. (Con gran ironía toda la escena.) No hace falta. Me lo explico muy bien. Esa joven te hizo pasar por su marido para que yo no sospechase mal del que con tanta solicitud le presentaba una taza de tila.

CARLOS. ¡Eso es! Perfectamente. ¡Fué un exceso de precaución!

DOL. En cuanto á tu presencia en esta casa...

CARLOS. Te diré.

DOL. Tampoco hace falta. Conozco muy bien el motivo.

CARLOS. Te equivocas. No lo conoces.

DOL. Apuesto lo contrario. ¿No viniste, como yo vine, para pedir informes de la cocinera?

CARLOS. ¿Para pedir? ¡Eso es! Yo vine con la cocinera para pedir informes. (¡Está de chunguita!)

DOL. ¿Qué tiene eso de particular?

CARLOS. ¡Nada! Lo más sencillo.

DOL. ¡Y ahora que recuerdo!

CARLOS. ¿Qué, alma mía?

DOL. ¿Me quieres decir á qué vino inventar aquella historia?

CARLOS. ¿Qué historia?

DOL. La de los bombones. ¿Por qué no confesarme la verdad?

CARLOS. La...

DOL. ¿Acaso no sabemos que me regalabas los mil duros de un modo ingenioso?

CARLOS. ¡Ah! ¿Eran para tí?

DOL. ¿Pues para quién si no? ¿Y tu tarjeta? ¿Y estos preciosos versos? (Sacando la tarjeta.) «A Lolita.» ¡Lolita soy yo!

CARLOS. ¡Es verdad! ¡Tu eres Lolita!

DOL. ¿Luego los bombones fueron para mí?

CARLOS. Indudablemente.

DOL. ¡Bueno! Venga el dinero.

CARLOS. ¿Qué dinero?

DOL. Los mil duros.

CARLOS. ¿No recuerdas que se los dí á Jorge?

DOL. Nada tengo que ver con eso. Venga mi regalo. Hoy has debido cobrar en bolsa una gruesa suma...

CARLOS. Que puse en mi cartera. Es cierto.

DOL. ¿Lo ves? ¡Vaya! ¡Saca la carterita!

CARLOS. ¡Con mucho gusto! (Dándola billetes.) Toma, pimpollo (Pues señor, suma y van quince.)

DOL. Yo no sé cómo agradecerte... ¡Te amo tanto!

CARLOS. (Me está tomando el pelo de un modo admirable.)

DOL. Y ahora dame el brazo y vámonos á casita... ¡que allí te quiero yo ver!

CARLOS. (¡Justo! ¡Allí me las dan todas!)

DOL. ¿No quieres, alma mía?

CARLOS. Con mil amores. ¿Dónde he dejado el sombrero? ¡Ah, sí! ¡En el fogón! ¡En la antesala! Voy por él. Aguarda un instante. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XIV

DOLORES; luégo JORGE

DOL. ¡Ya me las pagarás, grandísimo pillo!

JORGE. (Cree que Dolores es Lola.) No he podido ver á don Carlos para traerle aquí.

DOL. (Volviéndose de cara á Jorge.) Felices, amigo.

JORGE. ¡Ave María Purísima! (Muy asombrado.)

DOL. ¿Conque usted trae aquí á mi marido? ¡Bonito oficio!

JORGE. ¿Yo? Sí señora. ¡Digo! no señora. Su marido de usted no viene aquí nunca.

DOL. ¿Está usted seguro?

JORGE. ¡Segurísimo! Usted—como si lo viera—se ha presentado en esta casa para indagar... Mal hecho, señora, muy mal hecho. Su esposo de usted es un ángel. Apuesto que anda desesperado buscándola á usted. ¿Venir aquí su esposo? ¡Qué locura!

ESCENA XV

DICHOS y CARLOS

CARLOS. ¡Cuando gustes, ángel mio!

JORGE. ¡Don Carlos!

DOL. Otra vez hay que ser más listos.

JORGE. En efecto (¡Valiente plancha!)

CARLOS. ¡Hola! ¿Es usted?

JORGE. Sí señor.

CARLOS. (Cogiéndolo de una oreja.) ¡Tunante!

JORGE. ¡Ay!

CARLOS. ¿Y los mil duros?

JORGE. ¡Demonio!

CARLOS. ¿Conque tira usted de la oreja á Jorge?

JORGE. ¡No! ¡Yo no! Usted es el que ahora le está tirando!

CARLOS. Y creíamos todos que era usted modelo de honradéz.

JORGE. ¡Lo soy, don Carlos! ¡Soy un modelo!

DOL. ¿También jugador?

JORGE. La fatalidad, señora. Un momento de extravío. ¿Quién no se extravía un momento? ¿Verdad don Carlos? Los hombres se extravían. Que lo diga don Carlos.

CARLOS. ¡Bueno, bueno! (¡Ah, tunante!)

JORGE. Estoy seguro que usted me perdona. ¿Verdad, don Carlos?

CARLOS. No hablemos más. ¡Basta!

JORGE. Las almas grandes perdonan siempre.

CARLOS. (Á Dolores.) Ya lo oyes. Las almas grandes siempre perdonan.

DOL. Pero las esposas ofendidas son almas pequeñas.

CARLOS. Te juro por lo más sagrado, que nada sucedió digno de mencionarse.

JORGE. ¿Cómo, señora? ¿Se ha figurado usted que don Carlos?... ¡Qué disparate!

DOL. ¡Á ver si se calla usted!

CARLOS. Daría cualquier cosa porque alguien pudiera convencerte de... (Viendo salir á Agustín.) ¡Oh! ¡Agustín! Nadie mejor que este.

ESCENA XVI

DICHOS y AGUSTÍN, por el foro.

AGUST. ¿Has encontrado á tu mujer?

CARLOS. Aquí la tienes.

AGUST. ¡Canario! ¿Usted? ¡Ah, vamos! ¡Ya entiendo! ¿La has conducido aquí para convencerla de la verdad? ¡Bien pensado!

CARLOS. (A Dolores.) ¿Lo oyes?

AGUST. Era preciso que la noble conducta de Lola quedase plenamente probada.

CARLOS. Cuéntalo todo. No ocultes lo más mínimo.

JORGE. Cuéntelo usted todo.

AGUST. Corriente. Sepa usted, señora, que su esposo... ¿Lo cuento?

CARLOS. Sí, sí.

JORGE. ¿Todo? Cuéntelo usted.

AGUST. Su esposo de usted y yo, hicimos una apuesta.

DOL. ¿Una apuesta?

AGUST. ¿Lo cuento?

CARLOS. Cuéntalo.

JORGE. ¡Todo, hombre! ¡Cuéntelo usted! (Yo no sé lo que va á contar.)

AGUST. Pues bien. Yo estaba enamorado de esta viuda y quise poner á prueba su virtud. No porque yo dudase, pero en fin. ¿Comprende usted la idea?

DOL. Sí, sí. Comprendo.

AGUST. Eso es. (Yo no la comprendo.) Y entonces me dijo Carlos. Apostemos á que la hago el amor y no me hace caso.

DOL. ¡Hombre, qué gracia!

AGUST. ¿Ha visto usted? ¡Já, já! ¿Lo cuento?

JORGE. Cuente usted. Cuente usted.

AGUST. En ofreciéndola un buen regalo ponemos á prueba su virtud—dijo él.—Eso es, dije yo. Pues á ella—dijo él. — Andando, dije yo, y entonces su marido de usted se atrevió á regalarla unos bombones que no hallará usted en ninguna confitería.

CARLOS. Ya lo oyes. Todo fué un capricho.

JORGE. Justo. Á prueba sin interés retrospectivo.

DOL. ¡Que se calle usted!

AGUST. Esta señora no abrió la caja; la regaló con otras varias á distintas personas, y cuando supo después por este iluso lo que en ella se encerraba, le insultó, le arrojó á la calle, y su virtud sin tacha salió triunfante.

JORGE. Cabal. Yo recibí la dichosa cajita de manos de la Criada, y con ánimo de obsequiar á usted me apresuré á enviarla á su casa.

CARLOS. ¡Ea! Ya lo sabes todo.

JORGE. Ya lo sabe usted todo.

CARLOS. Si he vuelto aquí fué creyendo que esa señora se había vengado de mi proceder, mandándote la caja de dulces. La moví un escándalo: Lola se desmayó; la Criada me dijo: ¡Una taza de tila! Y... ya lo sabes todo...

JORGE. ¡Ya lo sabe usted todo!

AGUST. Me parece que ya está usted enterada de todo.

CARLOS Fuí culpable de una ligereza, pero nunca de una falta. ¿Y quién no ha sido ligero en este mundo?

JORGE. ¡Todos! Empezando por nuestro padre Adán. Voy á decirle á usted lo que hizo Adán.

DOL. ¡No cecesito saberlo!

JORGE. Como usted guste.

DOL. Luego entonces, esa señora...

AGUST. Es digna de la mayor consideración y voy á convencerla á usted. (Llamando.) ¡Lolita! (Se acerca á la primera de la izquierda.) ¡Loli... (¡Calle! ¡Estaba aquí escuchando!) ¡Salga usted!..

ESCENA XVII

DICHOS y LOLA

AGUST. Acérquese usted... Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi futura esposa.

DOL. ¿Su esposa? (Dándole la mano.) ¡Oh! ¡Esta vez la felicito á usted con toda mi alma!

LOLA. ¿Y no me guarda usted rencor por lo pasado?

DOL. Al contrario... Es usted digna del mayor aprecio. Otros son los merecedores de tremendo castigo.

LOLA. Perdone usted su falta como yo perdoné su injuria.

AGUST. Sí, sí .. perdón general... A propósito: mi último invento es imposible. El gobierno me ha negado el privilegio. ¡Pierdo cinco mil pesetas, chico!

CARLOS. ¡Quien las pierde soy yo!

AGUST. ¡No se puede vivir en este país! En cuanto me case nos marchamos á América. Aquel es un país libre.

DOL. Muy bien pensado... ¿Se irá usted pronto?

AGUST. En cuanto reuna algún dinerillo para el viaje.

DOL. Cuente usted con él.

AGUST. ¿De veras?

DOL. Mañana le dará á usted mi marido cuanto le haga falta.

CARLOS. ¡Caracoles!

JORGE. Yo se lo llevaré á usted.

AGUST. ¡No! ¡Muchas gracias!

DOL. Sólo á ese precio te otorgo mi perdón.

CARLOS. ¡Pero reflexiona que van quince!...

DOL. Hay que pagar el primer deslíz, querido esposo

CARLOS. ¡Ay! ¡Carillo me cuesta!

JORGE. ¿Y usted me perdona? (A Carlos.)

CARLOS. Si jura usted despedirse del juego!...

JORGE. En cuanto me case con Luisa.

CARLOS. ¿Y no jugará usted?

JORGE. Nada más que con ella. Lo prometo.

CARLOS. (Al público.)

Produce mil desazones
esto de hacer el amor
un marido.
La historia de Los BOMBONES
me ha dejado... ¡Ay, que dolor!
sin dinero y convencido.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

¡No me siga usted! Comedia original en un acto.
El viejo Telémaco. Zarzuela original en dos actos.
Sensitiva. Zarzuela original en dos actos.
El violinista. Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. Comedia en un acto.
Descarga de artilleria. Comedia original en un acto.
Por huir del vecino. Juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola. Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. Zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano. Comedia original en un acto.
La copa de plata. Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. Juguete cómico en dos actos.
Fausto. Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos. Zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco. Comedia original en tres actos.
Me es igual. Juguete cómico original en un acto.
El forastero. Juguete cómico original en tres actos.
El fogon y el ministerio. Juguete cómico en un acto.
Valiente amigo! Juguete en dos actos.
La ley del mundo. Comedia en tres actos.
Las cerezas. Juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia. Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya. Juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza. Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. Revista original en un acto.
Los dominós blancos. Comedia en tres actos.
El año sin juicio. Revista original.
Cambiar de colores. Comedia en un acto.
El doctor Ox. Zarzuela en tres actos y seis cuadros
Los Madriles. Zarzuela original en dos actos.
Amapola. Zarzuela cómica en tres actos.

El Chiquiiin de la casa. Comedia on tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela original en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. Revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista original en un acto.
El dinero en la mano. Comedia en dos actos.
El caballo blanco. Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. Zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas. Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas. Zarzuela cómica en dos actos.
Ódieme usted, caballero! Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡A sangre y fuego! Juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro. Zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, Leon! Juguete cómico-lírico en un acto.
El espejo. Comedia original en tres actos.
Armas al hombro. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡á la plaza! Revista original en un acto.
Libre y sin costas. Juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas. Comedia en tres actos.
Viaje á Suiza. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
El país de las gangas. Revista original en un acto.
Las mil y una noches. Cuento fantástico orignal en tres actos.
Curarse en salud. Proverbio en dos actos.
La misa del gallo. Apropósito cómico lírico original en un acto
Ellos y nosotros. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
Madrid-Zaragoza-Alicante. Juguete cómico en nu acto.
La taberna. Melodrama en tres actos.
La cola del gato. Comedia de mágia en tres actos.
Para casa de los padres. Juguete cómico-lirico en un acto
Vestirse de largo. Juguete original en un acto.
La ducha. Juguete cómico original en tres actos.
La feria de San Lorenzo. Zarzuela cómica en tres actos.
Agua y cuernos. Apropósito on un acto original.
El milagro de la Vírgen. Zarzuela original en tres actos.

Los Fusileros. Zarzuela en tres actos.
La Diva. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
Niniche. Opereta cómica en dos actos.
Música! ¡Música! Opereta en un acto.
Castillos en el aire. Zarzuela en dos actos.
La vida madrileña. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
Juegos Icarios. Zarzuela cómica en un acto.
Á casa con mi papá. Comedia en tres actos.
El teatro nuevo. Pasillo en un acto.
La Fiesta de la Gran Vía. Revista cómica-lírica-original.
Yo y mi mamá. Apropósito en un acto.
Tiple en puerta. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 céntimos. Juguete cómico en tres actos.
Aguas azotadas. Juguete cómico-lírico en un acto
Mam'zelle Nitouche. Zarzuela en dos actos.
Odette. Drama en tres actos..
Exposicion universal. Revista original en un acto.
¡Mi misma cara! Juguete cómico original en un acto.
Un crimen misterioso. Juguete cómico en un acto.
20 céntimos. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
La Ducha. Refundida en dos actos.
El Cocodrilo. Zarzuela en dos actos.
Sin Embargo. Juguete cómico original en un acto.
¿Quién se casa? Juguete cómico en dos actos
Creced y multiplicáos. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
Los tres sombreros. Juguete cómico en un acto.
¡Mil duros y mi mujer! Juguete cómico original en un acto y en prosa.
El crimen de la calle de Leganitos Comedia en tres actos.
Los bombones. Juguete cómico en tres actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.